

**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

*Cuento*  
*Poesía*  
*Fotografía*

EJEMPLAR GRATUITO  
OCTUBRE-NOVIEMBRE  
2022



No. **40**

BODAI  
YOGA

¿Con quién vas a practicar hoy?



RESERVA TU CLASE

por mensaje directo

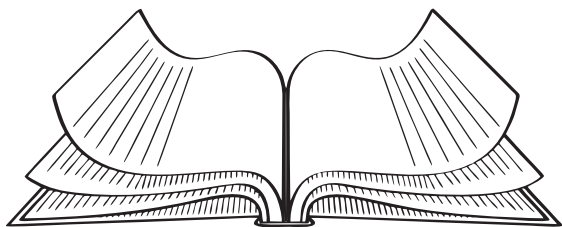
Fitpass o Gympass

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX

Arquimedes 198, Polanco, 11550, CDMX

Praga 33, Juárez, 06600, CDMX

@bodaiyoga



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

**No. 40**

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)





PRETEXTOS LITERARIOS  

---

**POR ESCRITO**

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



PRETEXTOS LITERARIOS  

---

**POR ESCRITO**

# ÍNDICE

## HABLANDO POR ESCRITO

### RITMOS

<i>Caballos de humo</i>	
Camilo Mariño .....	6
<i>Caída libre</i>	
María Susana López.....	7
<i>La transparencia del sol</i>	
Pedro Micles Cantos .....	8
<i>Poema de asedio</i>	
Camilo Mariño .....	9

### FIRMAS

<i>El moñito del zapato</i>	
Cecilia Durán Mena .....	10
<i>El problema</i>	
María Elena Sarmiento .....	14
<i>Epifanía</i>	
Virginia Meade.....	15
<i>La mano mendicante</i>	
Fernando Corona.....	19
<i>Perro de Coapa</i>	
Andrea Fischer .....	21
<i>Despertar</i>	
Salvador Cristerna .....	24
<i>El baile y el salón</i>	
Xóchitl Lagunes (FCE, 2022) .....	25

### IMAGINARIO

### VOCES

<i>Bajo el agua</i>	
Agustina Hernández.....	31
<i>Bakarne</i>	
Juan Manuel Díaz .....	33
<i>Confesión</i>	
Juan Carlos Padilla Monroy .....	35

<i>El hombre de Negro</i>	
Ronnie Camacho Barrón .....	36
<i>El Hoyo, el hueco</i>	
Fernando Galindo.....	38
<i>La Conquista</i>	
Gabriela Gorches .....	39
<i>Tiempo Ritual</i>	
Gabriela Gorches .....	40
<i>Tierra de montañas</i>	
Yasmin Brito .....	42
<i>El camino de la pandemia</i>	
Antonio Sardina .....	44
<i>Mr. Hyde en las pupilas [Fragmento]</i>	
Yafé Arias .....	47

## DESFILE

<i>El arca de Noé</i>	
Alejandro Magallanes .....	49
<i>El guardarropa</i>	
Angeles Montes de Oca Bowers.....	51
<i>El juego</i>	
Magy Otaduy .....	52
<i>En sus manos</i>	
Francisco Duarte Cué.....	54
<i>Festival</i>	
Pita Escalona.....	55
<i>Oxígeno</i>	
María Elena Sarmiento .....	56
<i>Prueba superada</i>	
Gabriel Sarmiento .....	57
<i>Si se puede volar</i>	
Bárbara Méndez.....	58
<i>Sofía</i>	
Arturo Villafranca .....	60
<i>Sus sombreros</i>	
Juan Antonio Díaz Becerra .....	61
<i>Vestido de mar</i>	
Anthar Santos.....	63

# Hablando por escrito

**D**esde que iniciamos este camino, Pretextos Literarios por Escrito fue concebida como una revista que busca atrapar lectores para nunca dejarlos ir y, a este buen propósito, le hemos perseguido de dos maneras: dando un espacio para la creación de mundos nuevos y como reflejo de este mundo concreto. Hemos sido fieles a este doble impulso y cada número publicamos aquellos hallazgos que cumplen con este criterio.

Nos hemos dado a la tarea de publicar libremente, ajenos a esa erudición palabrera porque lo que buscamos es que cada texto toque al lector y lo conmueva de la forma en la que el escritor pretendió hacerlo. Por eso, nuestro interés se basa en esa competencia de comunicación que se cierra cuando estamos leyendo; conmover y ser conmovido. Creemos en el diálogo que se genera en las orillas del espíritu de las personas que recorren la mirada por los renglones de esta revista, se funden como las afluentes del río que llegan al mar.

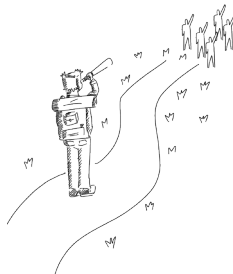
No es sencillo. El camino que recorre un texto para encontrarse con el lector es muy difícil. En las estanterías de las librerías, físicas y electrónicas, es perfectamente natural encontrar sellos de editoriales que publican a autores grandes —cada país tiene sus vacas sagradas— pero es difícil encontrar algo más. No podemos dejar escapar a tantos autores cuyas coordenadas no aparecen en el mapa literario ni están acompañados por los aparatos mediáticos ni difunden su trabajo.

No están solos. Aquí estamos nosotros, listos para publicar a todos esos escritores que se niegan a dejar que sus textos se queden encerrados en la oscuridad de un cajón de escritorio o de un archivo digital. Queremos hacer que el diálogo sea más justo, para quienes escriben y para los que buscan leer. Buscamos que los que ya se aburririeron de encontrar a los mismos, tengan la opción de toparse con algo diferente. En este punto, el esfuerzo que hemos llevado a cabo durante cuarenta ejemplares ha valido la pena. Hemos enriquecido el mapa literario.

Lo hemos hecho con enorme gusto y con rigor ya que los autores publicados en esta revista —sin importar su talla y estatura— pasan por el escrutinio de nuestra Mesa de edición y arbitraje. No es ninguna casualidad que el Fondo de Cultura Económica, la gran casa editorial de México, sea la anfitriona de nuestros Conversatorios en los que presentamos cada nuevo ejemplar que publicamos. La literatura no puede vivir en el aislamiento. El arte no puede encasillarse y quedarse con lo que ya existe. Se corre el gran riesgo de entrar en decadencia.

Creemos firmemente en que nuestro propósito de atrapar lectores para nunca dejarlos ir es una fiesta del espíritu a la que, con cada ejemplar, los convocamos. Con ustedes, el número 40 de Pretextos Literarios Por Escrito.

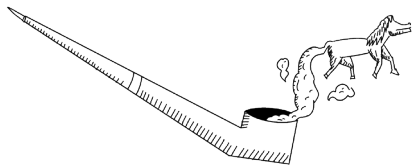
La editora general



# Caballos de humo

Camilo Mariño

Al pie de la hoguera el anciano traduce el trote  
de los caballos de humo que brincan de las llamas.  
El ondular de sus crines presagia la suerte de la cosecha  
o un nuevo nacimiento.  
Llega otra brisa y mueve a los equinos para formar el calendario.  
El viejo anota cómo se deshacen los cascos sobre el viento  
y sonríe al saber que no se aguardan plagas este año.  
Espera a que ceda la última brasa  
y agita su pipa para capturar un pequeño potro  
que augura vida en el vientre  
de la mujer del cacique.



CABALLOS DE HUMO



# Caída libre

María Susana López

Ojos cerrados  
Tu voz musicaliza letras en mis oídos  
montículos de sonidos forman cerros  
entre unos y otros silencios que son valles  
una canción un verde destino sin fin  
huelo rosas y jazmines de primavera  
tu boca sabe a chocolate y menta  
cabellos ensortijados me atrapan en tu telaraña  
caída libre en tu universo  
espacio infinito  
un punto de tu piel.  
Tus manos garabatean en mi cuerpo  
un tatetí emocional  
líneas juntas paralelas perpendiculares  
otras entrecruzan onduladas como plantas de arroz  
tus dedos puntean círculos blancos  
caen suaves como agua mansa  
me inclino espero recibo  
una luz tu amor  
como granos de arroz maduro



Guerra Shweta

# La transparencia del sol

Pedro Mielés Cantos

Sabía del mundo: una aparente belleza flotaba  
sobre las catedrales de la ciudad de mis sueños.  
Yo soy la lluvia y mis propias almas sacudiendo las paredes del olvido,  
como una isla a la deriva que va desapareciendo entre la espuma de las olas.  
Sabía del mundo: una aparente belleza flotaba  
sobre las catedrales de la ciudad de mis sueños.  
Pero descubrí tu fantasía se volvía un balcón infinito,  
donde podíamos ver con claridad la noche  
alumbrada por la luz de las estrellas,  
una luz que atravesaría los cristales  
de casas abandonadas y destrozadas por el pasar del tiempo.  
Una visión idéntica a los primeros suspiros de ambos al despertar.  
Tú pensaste alguna vez en la eternidad;  
esa forma en la que tu mano recorría mi hombro  
hasta perderse en mis cabellos grasientos.  
Una eternidad que más bien logró ser tan solo un momento.  
Pues la fiesta es también de nosotros, los desaparecidos.  
Y nos vimos sujetando al corazón de la existencia entre nuestros dedos,  
frente a frente, mientras las llamas nos consumían lentamente hasta el amanecer.  
Y dijiste, que, por fin, ya nada nos volvería a lastimar.



Paloma Niembro

# Poema de asedio

Camilo Mariño

Soy un soldado en la almena apuntando.  
Suelto la flecha y hago sangrar a un dios que no es el mío;  
en la garganta del atacante.  
Abajo su vanguardia avanza degollando  
rajando el hierro con hierro en la primera línea de defensa.  
A mi derecha, las estrellas se reflejan en el aceite  
hierven también en la gran caldera.  
El burbujeo y los alaridos que escapan bajo la muralla  
se hacen el único himno de esta noche.  
Viene trepando la sombra de tres yelmos  
en sus cuerpos se oscurece la sangre de mi gente  
la traen también en la hoja, como quien viene a devolverla.  
A la voz de mando levantó la caldera  
para negar la ofrenda en la punta de la espada,  
para lavar el rojo salpicado en sus blasones,  
para llenarlos de estrellas.



Paloma Niembro

# El moñito del zapato

Cecilia Durán Mena

1.

Amanezco aburrida, con las ojeras que se escurren desde la órbita de los ojos y van manchando el cuerpo hasta el huesito de los tobillos. Despeinada, con el pelo alborotado, la lengua pegada al paladar y con la pregunta que siempre martilla mi cerebro: ¿qué estoy haciendo con mi vida? Abro el ojo y ya me desocupé. No quiero ni pensar y me la paso pensando. Me expulsaron de la escuela. Aclaro que no fue por mal comportamiento, mi timidez siempre se confundía con buena conducta. No, no fue por eso. Soy de esas personas que se quedan calladitas, mejor si están en un rinconcito para pasar desapercibidas. Lo mío no son los líos ni llamar la atención ni todas esas cosas que nos repetían en el salón de clases sobre liderazgo, servir de ejemplo y todo eso. Lo mío tampoco son los números ni las letras, por eso pasó lo que pasó. No quiero pensar y me la paso pensando en eso.

Ya era la tercera advertencia. Sabía que no habría cuarta. No les dije nada a mis papás. Así que, cuando les hablaron de la escuela para decirles que mis calificaciones ya no me permitirían seguir, los agarró descolocados. Vamos, no la vieron venir. O, eso dicen, porque bien que firmaron mi boletín lleno de calificaciones reprobadas, aunque creo que ni se enteraban de lo que les informaban. No sé si andaban distraídos o si de plano mis malas notas no eran de su interés. Sea lo que sea, o por las razones que hayan tenido, el asunto les pasó de noche y no se enteraron de nada. Menos se dieron cuenta cuando les dejé de entregar los reportes y comencé a falsificar sus firmas. Así que la sorpresa los dejó con la boca abierta, la verdad.

Salimos de la oficina de la directora y no sé quién de mis padres estaba más pálido ni cuál más callado. No dijeron ni esta boca es mía. Parecía que les hubieran cambiado la lengua por un trapo. Creo que eso no ayudó mucho a que me perdonaran la expulsión. Eso y que mis papás tampoco le echaron ganas a pedir que me permitieran continuar. Me parece que, si hubieran rogado un poco, al menos tantito, la historia sería distinta. Pero no lo hicieron. Salimos del colegio con la cola entre las patas. A mí me temblaban las piernas y me castañeteaban los dientes.

Creí que me darían un castigo ejemplar. No me dijeron nada. De verdad, nada, no pronunciaron una sola palabra. Ellos siguieron con su vida y yo empecé con ese amodorramiento que te da la absoluta libertad que no tiene propósito. Me podía levantar tardísimo o tempranísimo y daba igual. Podía estar en pijama todo el día, dejarme de bañar, usar la ropa sucia que a nadie le importaba. A mí me importaba muy poco. No tenía fuerza ni para asearme. Empecé a convertirme en un ente transparente. Era el fantasma de la casa. No me veían. No me escuchaban porque yo seguía fiel a mi costumbre de callarme la boca.

2.

Suena el teléfono. Es mi prima. Me gusta oír su voz. Es tan vibrante, tan entusiasta y colorida. ¿Qué haces?, me pregunta como si se pudiera asomar por el auricular. ¿Qué

se imaginará que estoy haciendo aparte de nada? Nada, le contesto restregándome los ojos. Aquí, limpiándome las lagañas. Oye, parece que hay una oportunidad de trabajo. Es algo muy sencillo y es temporal. Pensé en ti. ¿Te gustaría ir a una entrevista? Sí, sí, claro que sí. Las palabras se me salen de la boca sin siquiera preguntar de qué se trata ni lo que tengo que hacer, mucho menos se me ocurre investigar cuánto me van a pagar o si me van a pagar. Me imagino que mi prima es lo suficientemente inteligente para saber a quién está recomendando y cuáles son mis virtudes y mis defectos, ¿no? Sí, sí me interesa, le dije varias veces. Bueno, te consigo la entrevista y te hablo para decirte dónde te tienes que presentar. Perfecto. Cuelgo sin siquiera dar las gracias. Esa tampoco es una de mis virtudes.

No sé qué me da, pero me atacan unas ganas irrefrenables de irme a lavar los dientes. Me tallo cada muela, cada diente y todos los colmillos. Escupo. Me paso las cerdas del cepillo con furia por toda la lengua. Vuelvo a escupir. Me enjuago la boca con agua clara. Sonríe. La boca me sabe a centavo de cobre. Creo que tengo mal aliento.

### 3.

Me miro las manos. Tengo las uñas tan mordidas que los dedos se me ven chatos, romos, como si fueran salchichas alemanas. Encojo los dedos, los enrosco para que no se vean. Me siento con las piernas juntas en el silloncito de la sala de espera. Ya me dijeron que me atenderán en unos minutos. Dejo que el aire entre a mis pulmones para que me lave la mente y se lleve los nervios.

Mi prima me dijo que no había por qué tener miedo, que todo iba a ser muy fácil porque esa posición —así le dice ella a ese trabajo— es en realidad algo muy sencillo, casi mecánico. Tú sólo diles que eres muy social y que te gusta ser amable. Sí, claro. Quisiera decir que soy de esas personas que le arrebatan la luz a las estrellas, pero más bien soy de las que le opacan la oscuridad a los hoyos negros. El corazón saltaba en la cuna del pecho y me daba pena que lo pudieran escuchar. Traía mil sirenas encendidas en el cerebro. Ensayé varios peinados: una trenza francesa, una colita de caballo, el pelo suelto, el pelo medio sujeto. Nada me gustaba. Opté por la trenza simple que disimulaba mejor las mechas descuidadas y reseca de mi cabellera. Me puse un vestido azul marino que descarté porque me veía como tabla para picar verdura; intenté con una falda que exhibía mis piernas flacas y mis rodillas arrugadas, nadie contrataría a una persona que se ve como un palo de trapeador; la combinación de pantalón y blusa blanca fue lo que mejor me acomodó. Miré el reloj, ya iba tarde. A toda prisa, jalé del clóset un par de zapatos de piso con moñito negro. No tuve tiempo ni de pensarlo ni de arrepentirme. Salí corriendo. Me maquillé en el camino. Cuando llegué a la parada y bajé del camión me di cuenta de que abusé del rubor y que debí usar un tono más claro para los labios. Ni modo.

Se abre la puerta de uno de los despachos. Escucho mi nombre. Es mi turno. Mi misión es conseguir ese empleo. Tengo sed. Tengo comezón. Sólo tienes que decir que eres social y que te gusta ser amable. Me hundo en el hueco que se me abre en el estómago.

4.

Todo lo que tuvo que salir mal, salió pésimo. Se me trabó la lengua, empecé a tartamudear, el sudor me empapó la blusa. Olvidé decir lo de la amabilidad y nadie me habría creído lo de ser social. No le gusté nada a la entrevistadora. Tuvo razón. A su favor debo de decir que no iba preparada y que ella fue de lo más cordial que se puede ser con una persona como yo. Me pidió el currículum que no llevé. Me pidió la solicitud de empleo que no rellené. Me preguntó por mi experiencia que no tengo. Nada. No pude ofrecerle un sólo motivo para que me considerara una candidata apta para ocupar ningún tipo de posición. ¿Sabes a qué se dedica la empresa?, me preguntó como quien trata de lanzarle una cuerda a alguien que se está ahogando. No, ni idea.

Aún no había terminado la entrevista y yo ya quería rebobinar la escena, dar pasos atrás, regresar el tiempo y no contestarle a mi prima o decirle que en qué rayos estaba pensando. Me habría gustado tener alas, aunque fueran chiquitas para salir volando por algún hueco en el techo de esa oficina.

Con mucha amabilidad me informó que la entrevista había terminado y me indicó el camino de salida. Insisto, todo lo que tenía que salir mal, salió fatal. Con mi torpeza habitual, me enredé con la pata de la silla, me tropecé y por suerte no fui a dar al suelo. ¿Estás bien? Sí, gracias, mentí apresuradamente. Mi intención era salir corriendo, pero me contuve. Caminé muy derecha, aunque mi ánimo iba más jorobado que de costumbre.

5.

Señorita, señorita... Cómo me hubiera gustado trabajar ahí. Los muebles tan modernos me daban una cierta tranquilidad, el color menta me hacía sentir en casa —cosa extraña porque en la mía no hay nada con esos tonos— la alfombra tan mullida me parecía preciosa, las sillas tapizadas con telas suaves parecían decir que en ese lugar hubiera sido feliz.

Señorita, señorita... Me habría dado igual recorrer toda la distancia que hay entre esta oficina y mi colonia. No me hubiera importado tomar a diario los autobuses y hacer los transbordos con tal de venir a trabajar. Sí, que me hubieran aceptado hubiese sido genial. Pero, ¿cómo? Yo misma me hubiera rechazado.

Señorita, señorita... ¿Es de usted este moño? Sí, sí, es de usted. Mire se le cayó al zapato. El hombre sostenía con una mano el adorno de mi zapato roto y con la otra señalaba. Lo que me faltaba. Ahora, encima de inepta, rota. Sí, señor. Es mío, qué pena. Un hombre extraordinariamente alto, vestido con un traje azul marino y corbata roja me extendió la mano con el moño del zapato. Ninguna pena, aquí tiene. ¿A qué debemos el honor de su visita? Vine a solicitar empleo. Sentí que la cara se enrojecía y me temblaba el cuerpo entero.

¿Ah, sí? ¿Y, qué tal? ¿Le gustaría quedarse a trabajar con nosotros? Huy, me encantaría. No me atreví a decirle lo mal que me fue en la entrevista. Espere nuestra llamada, dijo. Claro que no esperé nada.

6.

Claro que no esperé nada ni me senté frente al teléfono por horas aguantando la angustia de una llamada que nunca llegaría. Más bien, me fui a reparar el zapato. Le pedí al zapatero que pegara bien el moñito de mi vergüenza. Volví a meterme entre las cobijas desde que salía el sol hasta el anochecer. Me escondí entre las cobijas. Cada que me quedaba dormida, soñaba con esos muebles color menta, con esa alfombra mullida y con ese hombre tan alto que recogió el adorno de mi zapato. En medio de los sueños, seguía sintiendo que el rubor me pintaba el cuerpo entero. Y como el que obtiene el premio del concurso que nunca pensó ganar, la llamada llegó.

¡Qué suerte tienes, chula!, me dice la entrevistadora con una voz muy campechana ¿Sabes quién recogió tu moñito? No. ¿No?, bueno no importa. La posición es tuya. Es temporal. Necesitas aprender a hacer las cosas rápido. Tampoco es tan difícil. ¿Qué tengo que hacer? Vas a ser la recepcionista de la empresa. Ah, bueno.

Una inquietud me recorre toda la espina dorsal. Me siento con el estómago revuelto, trastornada. Me tiemblan los labios. Sudo frío. Te esperamos el próximo lunes. Sí, allá nos vemos, fue lo único que atiné a decir. No acerté a agradecer.

Me encojo sobre mí misma, ¿y ahora?

7.

Llegó el gran día. Amanezco hecha bolita, con las ojeras que van desde la órbita de los ojos hasta el huesito de los tobillos, despeinada, con el pelo alborotado, la lengua pegada al paladar y con la pregunta que desde el viernes me martilla mi cerebro: ¿qué estoy haciendo con mi vida? Me aceptaron en el trabajo. Aclaro que no fue por buen desempeño, mi timidez siempre me juega malas pasadas. Soy de esas personas que se quedan calladitas, mejor si están en un rinconcito para pasar desapercibidas. Lo mío no es estar entre la gente ni llamar la atención ni todas esas cosas que nos repetían en el salón de clases sobre servir al prójimo y todo eso. Pero, hoy por hoy, ya tengo trabajo y creo que se lo debo al moñito de mi zapato.



Paúl Núñez

# El problema

María Elena Sarmiento

Me presenté en la boda de mi hijo luciendo el vestido Gucci color salmón que me había estado enamorando, durante mucho tiempo, detrás del escaparate. Llevaba los zapatos Ferragamo que me regaló mi hermano el cumpleaños pasado, el collar de brillantes que me compró Toño cuando estuvimos en Nueva York y una escandalosa mascarilla de aguacate.

—Qué guapa te ves —me susurró una de mis amigas más cercanas, alzando el dedo gordo en señal de aprobación.

¿Guapa? No había tenido tiempo de enjuagarme el pegoste de la cara y maquillarme.

—El jardín también se ve hermoso con todas las flores que pusiste. ¿Tú las cultivaste? —me preguntó otra.

No supe qué contestar. Hacía años que no sembraba ni una hierba. Ya me cansaba mucho pasar el tiempo doblada sobre la tierra.

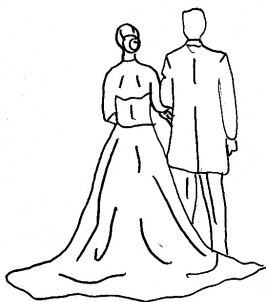
Entraron más invitados. Venían de gala. ¿Debería haberme vestido de largo? Me saludaban sonrientes y se sentaban en sus respectivas mesas a beber. El evento parecía todo un éxito.

Tocaron a la puerta con los nudillos.

—¿Puedo pasar? —preguntó mi hijo de cuarenta años—. Es que necesito que me des dinero para gasolina.

—¿Gasolina? —balbuceé todavía adormilada.

—Bueno, sí, y para el desayuno porque hoy voy a ver a unos amigos. —Sacó la cartera de mi bolsa y extrajo unos cuantos billetes.— No me esperes a comer, Ma. Hoy voy a intentar conseguir un trabajo y regreso tarde.



Guirza Shueke



# Epifanía

Virginia Meade

Dentro de la cueva, la mayoría de los individuos de la manada dormía y su respiración era parte de la tranquilidad de la noche. El lobo alfa estaba echado cerca de la entrada del refugio de piedra, observando con fascinación cómo la lluvia caía sin atravesar el umbral donde él y los suyos se protegían.

El lobo reaccionó al movimiento de la bestia que estaba acurrucada al fondo del lugar. Giró su cabeza y le gruñó al mismo tiempo que levantaba el labio del hocico para mostrarle los dientes. Ella gimió. El animal le lanzó una mirada fija y penetrante que la obligó a abandonar su lugar y a caminar; cuando estuvo cerca, la bestia se puso en cuclillas, esperando la orden del líder. En ese instante, ella sintió cómo el líquido menstrual se deslizaba entre sus piernas al mismo tiempo que un dolor la atravesaba. Era el momento de salir. Levantó su cabeza peluda y se incorporó en toda su altura. La lluvia había cesado y en los charcos se reflejaba la luna que estaba rodeada de nubes carmesí. La bestia se liberó del dolor aullando, el sonido era lastimoso, como una oración que el universo desdeñaba.

Al pisar el agua fría se estremeció; a pesar de su formidable tamaño, se consideraba una criatura miserable, no pertenecía a la manada de lobos, pero tampoco a los hombres.

Para ella no estaba claro su origen; se explicaba a sí misma que había surgido de la montaña. Intuía que nunca encontraría a nadie de su especie. Pensaba: soy y seré la única. Ella no medía el tiempo como los humanos; sólo sabía que generaciones de lobos habían nacido y muerto durante su vida. Los lobos tampoco la reconocían completamente como suya; en la memoria grupal, estaba escrito que desde la primera manada, ella se les había unido: no los lideraba, sólo se sentía mejor con ellos que con cualquier otra criatura.

Los hombres del pueblo cercano la odiaban y le temían; creían que era la aberración entre un lobo y una mujer que alguien había creado hacía cientos de años; bien a bien no sabían si era la misma mujer-lobo de las leyendas ni si era la única. Decían que hablaba como los humanos, siseaba y su voz era profunda como la cueva en la que se escondía con los lobos salvajes. Su cuerpo estaba cubierto de un pelaje más fino que el de los animales, era del color de la tierra roja; lucía tan atractivo como el de las mujeres normales. Su cabeza de lobo era temible, no tanto por los colmillos, sino por la mirada. Los aldeanos sospechaban que si alguno fuera tentado lo suficiente para acercarse a ella, se convertiría en un lobo y esclavo. Ella adivinaba sus temores y, para hacerlos sufrir, les sonreía cuando estaban cerca para verla.

Muchas veces salieron a cazarla, pero ella los percibía a una distancia que le permitía alejarse para después, perseguirlos hasta arrinconarlos y, sin ningún miramiento, los asesinaba.

Cada seis meses, cuando su ciclo se cumplía, era exiliada unos días de la manada porque su humor era insoportable. Dejaba la cueva y vagaba por la montaña sin quedarse demasiado tiempo en un mismo lugar. Algo en su interior la consumía: ella codiciaba

la vida de los dos mundos —un compañero, la descendencia, vivir con sus iguales—, pero el comportamiento de los lobos y del grupo humano la asfixiaba; no estaba en su naturaleza ser Lea, defender a sus compañeros, ni conseguir comida para ellos; era la mezcla de dos naturalezas. Era única. Así que escalaba hasta lugares donde ni los lobos o los hombres podían llegar.

Había caminado hacia la cima durante la noche, a su paso los búhos ululaban tonadas macabras mientras ella le aullaba a la luna. Al llegar a un claro, percibió carne quemada y olores de humanos. Encontró los cuerpos de un hombre y una mujer muertos, atravesados por flechas; cuando se acercó, notó que éstas eran un poco diferentes a las que los hombres de la aldea fabricaban. La mujer lobo oteó a la pareja de humanos que habían sido víctimas de su propia especie. Husmeó entre las pertenencias de los hombres, buscando el origen de un aroma diferente. Detrás de unos bultos, encontró a un cachorro de humano que estaba dormido. Sin pensarlo, lo cargó y lo llevó a una de sus guaridas, no sabía qué haría con él, quizá lo dejaría morir.

Cuando llega a su refugio, lo acuesta sobre la tierra donde no se mojará y donde ella podrá observarlo todo el tiempo. Ha traído consigo comida de los humanos que encontró entre las pertenencias del crío. Se deleita con la sensación de tener lo que, cree, le hará sentir bien. Mientras el cachorro humano duerme, se asea; una actividad en la que es concienzuda, a diferencia de los lobos, ella no ayuda a ningún otro animal; al mismo tiempo se obliga a pensar, algo que requiere de un gran esfuerzo: merodea en su mente para atrapar una idea o sentimiento, es una lucha entre el instinto y los pensamientos ordenados. Se deleita con la sensación de poseer a un humano, es todo suyo. Trata de tocarlo, pero no puede. La naturaleza le ha otorgado lo que deseaba, pero ella lo desdeña. Saca las garras y araña las paredes de la cueva hasta que se sangra. Fuera de la cueva, dobla el cuello y levanta la cabeza para aullar, sin embargo, emite un grito absurdo que la asusta.

Regresa. Dormita hasta que la luz del sol entra de lleno por la abertura de la guarida. Se despereza y eructa. Es cuando escucha al niño reír. Se había olvidado de la cría. No está preparada para el enfrentamiento, siente que la sangre la abandona y requiere de toda su voluntad para verlo. Es pequeño, pero fuerte, tiene pelo sólo en la cabeza y está cubierto, como el resto de los humanos, con lo que le parece una piel rala que le cuelga por todos lados. El niño salta detrás de ella levantando los brazos. Ella gruñe quedito; qué más puede hacer. Busca con la mirada la comida de humanos que había traído; encuentra los restos, seguramente el cachorro los descubrió mientras ella dormía. Ahora tiene que cazar para los dos.

Muy rápido se da cuenta que ser proveedor es frustrante. Está irritada porque la caza es intragable para el crío, sus funciones corporales son desproporcionadas, el cachorro igual llora que ríe, la pateo o quiere tocarla. Todo esto es insoportable, decide bajar y dejarlo al cuidado de los lobos.

Al atardecer, llega hasta la abertura de piedra, los lobos ya están ahí, cuando el lobo alfa la ve y se acerca antes de que ella pueda entrar; mira al niño y luego a ella, se levanta en dos patas gruñendo y luego se sienta mostrando los dientes. Ella se agacha en señal de respeto, cuando levanta la cabeza, el líder de la manada le da la espalda. Ella comprende que no es bienvenida. Gime molesta y regresa al camino.

En el primer claro, camina en cuatro patas y da vueltas, el trabajo de pensar es duro, trabaja en imágenes que se mueven en su cerebro, las arrincona para poder sujetarlas. Lo que ve es a una mujer humana. Tiene que llevar al cachorro con los hombres.

Se endereza y empieza a caminar; el niño le grita. Se ha olvidado de su existencia, le gruñe, el cachorro corre hacia ella y le sujeta la mano—garra. Ella apenas tolera el contacto; sin embargo, una corriente de sensaciones desconocidas la recorren y decide no escapar y sujeta la pequeña mano.

Al llegar a la aldea, percibe el olor a muerte violenta. Los pelos del cuello se le erizan e instintivamente busca un lugar para dejar al animalito humano. Cuando llegan a un árbol frondoso, ella intenta hablar con el pequeño, pero solo emite un siseo, el niño se resiste un poco y sin embargo, se agacha para que ella lo cubra con ramas. Él se queda callado y entonces ella se aleja.

Al acercarse a las casas encuentra muchos cuerpos atravesados con flechas. Un macho humano que por su aspecto ella supone es uno de los que mató a los padres del cachorro, sostiene la luz que quema; ella se toca la espalda donde una cicatriz le recuerda cómo duele en la piel. El hombre se acerca al techo de una casa que enseguida arde. La bestia escucha gritos de mujeres que están en el interior, justo lo que ella busca; entra por la puerta y en el lugar descubre a dos hembras quienes gritan horrorizadas al verla; la mujer lobo aprovecha el momento para rodearlas por la cintura y sacarlas. Sus presas apenas se mueven, eso facilita su labor. En cuanto llega donde está el cachorro, las deja caer en el suelo, una de ellas tiene el vientre hinchado. Antes de que puedan reaccionar, la loba humana retira las ramas y descubre al niño. La mujer que está de pie lo llama y aunque él le sonrío, decide irse con la bestia quien lo empuja hacia la mujer. El niño gimotea, pero parece que entiende que debe quedarse con los de su especie. La mujer del vientre abultado se levanta y camina hacia un árbol. Alza los brazos y sujeta una de las fuertes ramas. Lanza un grito y la otra mujer la ayuda a recibir al cachorro que está naciendo. La mujer lobo está fascinada, saliva y da vueltas. Los humores que percibe la tienen impaciente, imágenes ancestrales bailan en su mente sin que ella las pueda atrapar.

Cuando el recién nacido grita, las mujeres ríen y lloran al mismo tiempo. El niño las mira sonriendo. La loba humana se acerca al recién nacido y trata de tocarlo, la madre la golpea en plena cara, sus ojos están llenos de furia. La bestia está sorprendida por su reacción y chillaba. La madre entonces se llena de compasión y le acerca el bebé; la otra mujer intenta detenerla, pero la reacción de la loba humana es más rápida: lame la cara del recién nacido; las tres mujeres están asombradas. Una de ellas empieza a construir un refugio donde al anochecer, los niños y la madre dormirán. Mientras, la bestia se aleja para caminar alrededor del lugar.

Al regresar, las dos, la mujer y la bestia, se acercan en señal de despedida. Cuando sus miradas se encuentran, saben que la tregua entre ellas termina; en esos pocos instantes se observan; la aldeana, con una fuerza de ánimo que no volverá a experimentar en su vida, recorre sin ningún reparo a la loba humana, admira su estatura y el color de su pelambre tan parecido a la tierra que ella ama, tan suave como el suelo de donde crecen los árboles y el trigo que los alimenta y también donde yacen sus muertos. Las separan unos metros de distancia, pero a ella le parece que son dos mundos de diferencia, percibe el humor de la bestia que es la naturaleza salvaje; la envidia por un momento al notar la

insinuación de su femineidad bajo el pelo que cubre su cuerpo de mujer. Ella sabe que también está siendo observada y se yergue para que la bestia la vea.

La bestia se irrita cuando siente que la humana la examina; le sostiene la mirada porque también tiene curiosidad del ser sin pelo sobre la piel que le permite ver claramente sus facciones, pero que carece de marcas que la distinguan de las demás hembras. La loba humana sabe que esos cuerpos son fáciles de rasgar; su instinto ha gozado de la sangre. Percibe dentro de ella algo indefinible como si se identificara con la mujer. No quiere ablandarse y rechaza todo lazo común con esa especie porque ahora sabe que es huérfana de los mortales. Comprende que es una singularidad de la naturaleza y se alegra. Todo termina. La mujer lobo se acerca al niño que recogió y quien durante unos días sacudió su existencia, lo huele y como despedida acerca el morro a la cara y la lame antes de irse.

Se dirige a la montaña. La bestia sube hacia la cueva de los lobos. El cielo está estrellado, una lluvia pertinaz cae como bálsamo sobre su piel. Escoge un punto desde donde puede ver el lugar donde encontró al niño y a sus padres muertos y luego hacia donde duerme junto con las otras mujeres y el recién nacido. La aldea está iluminada por la luz que quema.

La bestia se ha despojado de su soberbia ante los designios del universo. Se sienta sobre sus patas traseras y aúlla con todas sus fuerzas; muy pronto percibe que los lobos están detrás de ella y se unen aullando a su oración de gratitud.



Paúl Núñez

# La mano mendicante

Fernando Corona

Cuando, al llegar a la estación del tren subterráneo, me disponía a comprar boletos (previa caminata por las puertas de la estación de autobuses, las bases de microbuses colectivos, el mercado y el pasillo elevado), un súbito grito, un golpe seco y un gran alboroto anunciaron —otro más— el suicidio de esa tarde.

No pude sino mirar a los lados, cabizbajo, y apreciar el tropel de gente que sentía en el suceso el desastre de rutinas resignadas con un acto que rompía los moldes de un esquema cotidiano, habitual, síntoma de sociedad y sistemático. Volví unos pasos al corredor donde una anciana insiste a diario con la palma derecha en lo alto y ahuecada. Esta vez tenía la mano abajo, junto a la rodilla y sobre el vestido azul pálido, quizá antiguamente violeta.

Que una anciana arrodillada en el pasillo, más propenso a corrientes de aire y transeúntes, tenga la mano levantada no sé cuántas horas al día, no tiene ahora más importancia que una mosca apeada en la baranda o la gota que mi vaso derramó cuando me incliné a dejarle la moneda.

En esta ciudad el mendigo es un trazo más sobre la calle. Y esto no es difícil de entender; el pintor inmortal elige bien los personajes de sus lienzos: naranjos, pastores, catedrales, mesas rotas, banquetas, jovencitas, niños grises, sombreros, muros viejos, ventanas, catres, paraguas, relicarios... todo objeto es seleccionado con paciencia y aplicado a una escena arbitrariamente, artísticamente designada. Para esta ciudad hubo menesterosos, más que arbustos o besos en las calles. Fue el capricho de un pintor desconocido. Así es el arte.

Días después he vuelto a caminar por el corredor, constantemente gris y transitado. Si uno anda por él con aire distraído, va tomando poco a poco aspecto de túnel. Los hombres, sin embargo, transcurren por él como pasan por la vida y no observan los hechos más sutiles. La prisa, las ansias, las urgencias, les hacen ver tan sólo lo que buscan, las inmediateces del deseo individual. Afuera hay más, donde nada se busca, donde saben los callados que nada hay, donde es posible entender el laberinto porque no se quiere llegar a ningún lado.

Semanas después seguían repitiéndose los hechos con rigurosa cotidianidad: la marcha, la limosna, la compra del boleto y el ascenso al vagón. Pero un martes, luego de avanzar sin prisa y bostezar con cierto desparpajo en el momento en que doblaba mis rodillas y me encorbaba un poco para dejar monedas en la mano de la anciana taciturna, justo cuando ya recogía de la ventanilla un par de boletos, se oyó el grito, el golpe y el barullo.

Pude haber sentido náuseas y angustia, pero una impresión de costumbre, de fatiga moral, de introversión en mis asuntos, me sacudió el rostro lentamente delineando una de esas negativas de consuelo que van al aire, sólo al aire.

Repuesto rápidamente de la indiferencia hacia lo ocurrido, fui a compensar mi actitud con la mendiga, como si le asignara a mi propio cliente de limosnas el papel de consuelo por los males del mundo, como si en su nombre abrazara a los tristes y me conmisera.

Casi al llegar frente a ella, reaccioné. Ya le había dejado mi cuota de caridad, así que di la vuelta y caminé hacia los andenes, no sin apreciar que la mano de la vieja

limosnera se levantaba del suelo y se quedaba en suspenso. Me sumé al tumulto de curiosos y esperé a que volviera a la cotidianidad el suceder de las cosas.

Los hechos que ocurrieron en las semanas subsecuentes me llevaron de la actitud del curioso a la del involucrado, mostrándome que la indagación, cuando no mata al gato, le hace creer que toma parte esencial de los hechos y acaba por borrarlo mostrándole el olvido, revelándole el vacío y el silencio que hay en toda vida.

Dos ocasiones más se repitió el suceso de aquel martes; para la siguiente, ya había pasado del asombro a la duda. Por eso decidí dar otro paso, el de la duda al estudio.

Llegué más temprano que otras veces en mi hábito de arribo a la estación. Entonces se esclareció mi entendimiento, a precio de estupor y espanto. Hacia la mano levantada de la anciana, cargando en ella quién sabe cuántos días, cuántas desgracias, cuántas generaciones y estirpes mendicantes (no sólo de monedas: de miradas, de lástimas, de uno al menos que supiera mirar en el espejo), llegó la hora habitual de mi llegada y con un profético suspiro cayó la mano al suelo, simbólicamente amortiguada por la falda; después, el grito, el golpe y el tumulto.

Este estudio me ayudó a comprender que la operación se había repetido en las anteriores, así que ese día (el único quizá que viví con vehemencia) me puse en cuclillas ante ella, la vi a los ojos y ella sonrió sólo con ellos. Extendió su mano en busca de moneda y la tomé sin vacilar, queriendo levantarla. Con fuerza automática, más plena de ternura y compasión que de violencia, se resistió a marcharse. «Levántese, abuelita, no siga ya pidiendo».

Miró calladamente mi expresión de compasivo. Más aún, rompió la piedra de su boca cuando insistí con más profundidad: «ya deje de cargar con ese peso». Su boca quiso sonreír, pero sólo alcanzó a quebrarse junto con el vidrio de sus ojos. «Déjeme, joven, sólo yo puedo cargar mi cruz; usted, la suya». Seguía con la mano levantada (sostenía el mundo, se sentía de cerca; estaba el suceso de los días en su mano, el arriba y el abajo sopesados; estaban el hombre, sus dioses y sus bestias; estaba el universo como en cada hoja, en cada piedra, en cada olvido de mis pasos), pero un suspiro la tiró. Y a lo lejos el grito, el golpe y el tumulto.

Me retiré, consternado. Toda la tarde miré por la ventana el caminar de las vidas por las calles, por el mundo, apreciado desde un fragmento minúsculo. Algún orden, alguna orden mueve todo eso. Pero mi lástima individual, precaria, reducida, me impidió mirar el gran concierto por querer cuestionar sólo un sonido. Decidí que retiraría de ahí a la anciana, a como diera lugar.

Al otro día llegué poco antes de mi hora acostumbrada. No estaba en el pasillo. Tras rascarme la cabeza, compré el boleto y bajé al andén. Una vez de pie junto a la línea amarilla de precaución, vi a la vieja a unos metros, junto a la pared. Un suspiro la turbó, bajó su mano. Después fue el grito, el golpe seco y mi silencio.



LA BIBLIOTECA DE LA FIRMAS

# Perro de Coapa

Andrea Fischer

## I. Un perro de Coapa

Sansón tiene los hombros marcados. Después de años de correr por el parque, las clavículas se le esconden debajo de la cadena de músculos voluminosos que corre desde el pecho hasta buena parte del cuello. Generalmente tiene cara de pocos amigos y, cuando los vecinos se le acercan, les gruñe sin empacho. No le gusta la gente. Sólo cuando ve a Alejandro, la pesadez en la mirada se le difumina y mueve la cola con gusto. Es un buen perro.

Alejandro no tiene nada que ver con Sansón. Cuando le mostré una foto suya a una amiga mía, me dijo que se parecía a Diego Luna en los 90. Y sí, es cierto: es flaco, se viste como bohemio, tiene los ojos castaños y la mirada perdida en el universo. Nos encontramos a Sansón alguna vez en la Condesa, después de ir a desayunar a un cafecito sobre la calle de Amsterdam. Bajo el cobijo discreto de las pisadas de los demás, el perro se acercó a nuestra mesa antes de que nos trajeran la cuenta. Flaquísimo y claramente deshidratado, empujó con la cabeza una de las patas de mi silla. Sentí pena por él, y le serví agua en un pocillito que nos habían dejado a manera de cenicero. Estaba limpio. En su mirada, centelló algo parecido al agradecimiento.

Alejandro vive hasta Coapa. Sin tráfico, a lo menos, se hacen 40 minutos desde la Condesa. Nos lo llevamos en su coche hasta allá, y le compramos croquetas en la tienda de la esquina. El perro gruñía desde el asiento de atrás, como si estuviera incómodo. Al voltearlo a ver en los altos, más bien se le veía cansado, como si hubiera caminado mucho, o como si ya no quisiera pasar un día más bajo el sol del verano capitalino. Sí; el calor de la Ciudad de México en julio puede ser devastador incluso para nosotros, que llevamos toda la vida buscando refugio entre los edificios.

Como si ya conociera la casa, Sansón se fue directo al cuarto de Alejandro. Era un bungalito en el patio trasero, con una puerta de metal que podía abrirse fácilmente con un empujón. Tal cual, así lo hizo; con un azotón de frente, se abrió camino hasta la cama y se quedó dormido. Ni siquiera le interesó el tazoncito de croquetas que Alejandro le sirvió en la cocina. Él sólo quería dormir, y ya había escogido dónde. A su familia no le importó recibir un perro nuevo esa misma tarde.

De eso ya van más de dos años. El perro sigue durmiéndose en su cama. En ocasiones, cuando me quedo a dormir yo también —en el silencio de la casa vacía, con el rumor de sus ronquidos pesados—, siento que mi presencia no le hace gracia. Alejandro dice lo mismo, pero no piensa quitarle al perro el territorio que conquistó ese verano.

## II. Gente en ruinas

El cuarto de Alejandro parece un chorizo. Alargado y sin focos, sólo se ilumina con la luz natural que entra por la ventana. Siempre la tiene cerrada. Tal vez por eso las máscaras que resoplan sobre sus estanterías parecen devolverte la mirada. Un jaguar, un alebrije, una imitación de El Santo: dice que las tiene ahí porque es actor, y necesita tener varios rostros con los cuales sentirse cómodo. A veces me gustaría que se los quitara todos. Luego recapacito, y me convenzo de que, tal vez así, perdería parte de su encanto.

A diferencia de él, Sansón no tiene máscaras. No finge simpatías. No le importa clavarte los ojos —tan negros, tan minúsculos— con la misma furia con la

que defiende su pedazo de cama. Hasta donde sé, nunca ha mordido a nadie. Pero con esas fauces, más valdría ni preguntarle. Cuando el perro llegó a su casa, Alejandro le compró una correa y empezó a sacarlo a pasear todos los días. Unos meses más tarde, incluso él se veía más fuerte. Tal vez por el arrastre del animal. Tal vez porque Sansón lo obligaba a dar varias vueltas al parque escondido entre los rincones de Santa Úrsula, al sur de la ciudad.

Cada que nos vemos, el perro lo acompaña. No me molesta. Ahora siento que es una extensión suya. Incluso entra al metro, aunque en principio no te dejan pasar con animales. Viendo alrededor, quizá hay bestias más nocivas que Sansón en los vagones, siempre atestados de gente en ruinas, de lluvias de sudor, de angustias por no llegar a tiempo. De alguna manera, Sansón logra mantener la compostura incluso en las horas pico. Quizá sea por la confianza que el animal le transmite, que Alejandro insiste en llevarlo a todos lados.

Un día, también en la Condesa, le dije que quería ir al Barrio Chino. Ahí, en el Centro Histórico. Le extrañó que nunca hubiera ido, y sólo me dijo:

—Órale, vamos.

### III. Roces ocasionales

Fue pésima idea ir en viernes de quincena. Llegó por mí a eso de las once de la mañana y nos fuimos en metro porque ninguno de los dos quería ponerle al taxi. A diferencia de otras latitudes del mundo, los veranos de la Ciudad de México son nublados y oscuros. En las mañanas hace un calor seco que al mediodía parece ceder. Luego, el cielo se congestiona y llueve fuerte toda la tarde. Incluso así, insistí en llevarme una cámara análoga con la mitad del rollo usado.

Cuando llegó por mí, me di cuenta de que no traía al perro consigo. Le pregunté por qué, y sólo me dijo:

—Estaba cansado.

Y se encogió de hombros. No supe si él estaba cansado o el perro, pero así me pasaba seguido con ellos dos.

Ese día, Alejandro traía pantalones y chamarra de mezclilla. Aunque estaba nublado, se puso lentes oscuros. Me dijo que sólo había desayunado un cigarro y la manzana que traía en la mano. Le di un café y nos fuimos. Para mi sorpresa, la línea 9 estaba desierta. Aunque no traíamos prisa, ver el metro tan vacío me llenó de amargura la lengua. Luego, pensé que la sensación tal vez venía de que no me había lavado los dientes. Decidí ignorarla.

Nos subimos a un vagón inundado de una luz amarilla, casi inhóspita, y esperamos en silencio hasta la estación que nos correspondía. Teníamos que transbordar para realmente salir a pocos pasos del Barrio Chino. No hablamos en todo el camino. Entre nosotros sólo había roces ocasionales. Sin pensarlo demasiado, en alguno de esos, pensé genuinamente que era Sansón buscando que le acariciara la cabeza. Al volver la mirada, sentí una sombra de decepción al darme cuenta de que sólo era Alejandro, intentando darme la mano.

### IV. Postales corridas

Cuando salimos del metro, se me ocurrió que todas las postales que podría tomar ese día saldrían corridas. En parte, porque seguramente iba a llover mientras estábamos ahí, y el color podría venirse abajo; y, porque tendríamos que salir corriendo si eso pasaba; las imágenes se difuminan si las tomas con prisa. Luego pensé que el torrente de personas anónimas que estaban a nuestro alrededor podría ser aún más poderoso que la lluvia capitalina.



Caminamos por toda la calle que contiene al Barrio Chino de la Ciudad de México. Empieza con un portal mongol típico, redondo y bien rojo, que se resiste a venirse abajo a pesar de la falta de mantenimiento, termina sin anuncios, y se funde con la cuadratura del Centro Histórico como si todo fuera parte de un mismo continuo, de una lógica común. La gente grita y se empuja entre sí para entrar a los locales de recurditos de plástico; dragones que suplican volver a su tierra natal y calendarios impúdicos de hentai, que se esconden detrás de más cosas chinas.

A lo largo de dos cuabras, sobre la calle hay puestos de baos, una especie de empanada suave que, bien, puede ser dulce o salada. El Barrio Chino huele a canela sólo por esos puestos, incluso a pesar el aroma insistente de la cañería pública que surca toda la colonia.

Alejandro se detuvo:

—Tengo hambre.

Y se paró frente a un puesto de tacos de canasta. Sólo me le quedé viendo. Sintió mi mirada:

—¿Me vas a ver comiendo?

Le dije que sí, y me volteé a otro lado para que no se atragantara. Saqué la cámara y, sin que se diera cuenta, le tomé una foto sopeando sus tacos de huevo duro. Esos son los gustos adquiridos de saber navegar el Centro Histórico.

#### V. Café lechero

Bastaron 20 minutos para que recorriéramos todo el Barrio Chino. Tristemente, no hay mucho que ver o, tal vez, sólo tuvimos mala suerte. Nos seguimos hasta Madero. Ahí, reconocí que el Barrio Chino me había decepcionado. Alejandro resopló, y riéndose me dijo:

—Tiene lo suyo. Muy kitsch<sup>1</sup>.

Y sí: estampas de dragones, gatos dorados que saludan, bocinas que vomitan K-pop, lecturas de horóscopo chino<sup>2</sup>, mujeres que hablan en cantónés o en coreano, cuyos gritos se mezclan con el vaivén de comerciantes que se mientan la madre entre sí, mientras corren al siguiente local porque ya es tarde, siempre es tarde, y empujan a los turistas perdidos que llegaron ahí por accidente, o por una mala percepción de la Ciudad de México, o que dicen conocer el Centro Histórico pero, en verdad, no saben de qué están hablando. Un poco como nosotros.

Llegamos al Zócalo y me propuso ir por un café lechero a una cafetería que conocía ahí cerca, sobre República de Brasil. A la sombra de la catedral, se me antojó que hay pocas personas que se vean tan bien a contraluz, con las nubes de fondo. En mis ojos, su silueta se hacía cada vez más grande. En ese momento, entendí por qué la Ciudad de México se hace cada vez más grande. La gente se expande.



Paloma Niembro

1

<https://historia-arte.com/etiquetas/kitsch>

2

<https://www.muyinteresante.com.mx/historia/que-significa-que-sea-el-ano-del-tigre-en-el-calendario-chino/>

# Despertar

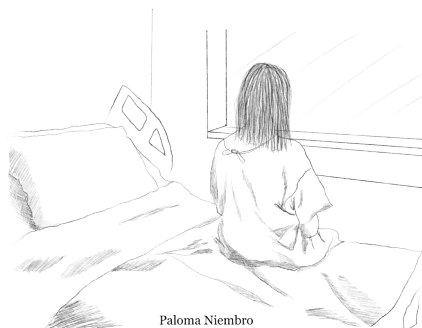
Salvador Cristerna

La luz amplificada por la blancura de la habitación le impedía mantener los ojos abiertos. Sus pupilas tardaron en calibrarse para absorber tanto brillo. Fue como despertar de un largo sueño. Uno vivido en la más profunda oscuridad. Todos a su alrededor coincidían, algunos con lágrimas en los ojos, en que fue un auténtico milagro. Así se enteró de que había caído de la azotea de su casa y permaneció en coma durante cinco años.

Sus recuerdos eran confusos, en retazos. Lo mismo sus razonamientos. Cuando reunió fuerzas, decidió aprovechar la convalecencia para ponerse al corriente de lo que había ocurrido en el mundo. Miró noticiarios y redes sociales para ordenar sus pensamientos y recuerdos. Nada había cambiado: mierda a diestra y siniestra. Lo peor era la indiferencia. La normalización de feminicidios, narcotráfico, racismo, xenofobia, corrupción y otras muchas cosas que eran el pan de cada día en los medios. No era distinta la historia en las redes sociales.

Cuando los médicos le dijeron que podía irse a casa hubo una algarabía desbordada. Familia y amigos querían saber qué era lo primero que deseaba hacer. Unos le sugirieron dar una gran fiesta de bienvenida. Otros, recomendaron un viaje a la playa o al bosque. Algunos, más conservadores, indicaron que lo mejor era seguir en reposo hasta recobrar las fuerzas y la memoria al cien por ciento.

Tras un silencio dramático, Fabiola respondió con voz apagada: «Ya recordé. Lo que quiero es volver a intentar suicidarme».



Paloma Niembro

# El baile y el salón

Xóchitl Lagunes (FCE, 2022)

Fragmento aprobado para su publicación por Ed. FCE

He intentado escribirle a Manuel unas doscientas veces, pero al final nunca puedo. No me decido. He desperdiciado tiempo valioso, horas desde que nos despedimos. Qué bueno que WhatsApp no te deja ver cuando alguien piensa escribirte y al final se arrepiente. Debería ser fácil mandarle un mensaje. Saludar, adjuntar la canción y a otra cosa mariposa. No creo que me llegue otra oportunidad como esta, que su nombre esté entre mis contactos puede convertirse en algo muy importante.

Cuando llegué a mi casa el sábado revisé el celular y guardé su número con su nombre en letras mayúsculas: MANUEL. Si pudiera, resaltaría las letras en negritas. He repetido tanto esos diez dígitos en mi cabeza que ya hasta me los aprendí. Tengo mucha tarea y el domingo ya casi acaba, no creo poder hacerla hasta mandarle el primer mensaje. Escribo:

**MANUEL**

**Hoy**

Hola, Manuel, espero que estés bien, pronto te envío la canción que me pediste, soy Santiago

Qué pendejo soy, ¿por qué le aviso que le voy a mandar una canción y no mejor se la mando y ya? Borro todo e intento de nuevo:

**MANUEL**

**Hoy**

Hola, Manuel, aquí está la canción que me pediste, ojalá te guste, y si quieres puedo mandarte más

Qué pendejo eres, Santiago, parece un mail. Mejor algo más corto, como todos los mensajes de WhatsApp, pero no tanto que crea que se mensajea con un niño. Imagino que cuando se escribe con Elena o con alguien de su edad intercambia mensajes largos y sin abreviaturas.

Antes yo era igual que las otras personas, pero desde que me di cuenta de que Manuel es muy inteligente trato de ser más listo, por eso empecé a leer. Llevo muy pocos libros, solo lo he hecho por un año, pero con eso tengo para darme cuenta de que algo como “ola komo stas” no es lo mismo que “Hola, ¿cómo estás?”, y si yo lo noto de seguro Manuel también.

Miro mis libros y mi cuaderno regados sobre la mesa del comedor, la casa en silencio y la oscuridad detrás de la ventana de la sala, y me acuerdo de mi papá. Me dan ganas de escribir algo, cualquier cosa. Agarro la pluma, me voy a la última hoja del cuaderno y escribo lo primero que me viene a la cabeza:

Tus ojos brillan

Pienso en Manuel y me acuerdo de que sus ojos brillan, aunque se hacen chiquitos cuando sonríe.  
Sigo:

Tus ojos brillan y gritan mi nombre.

Tu brazo me acaricia de lejos.

Me pregunto si espera que le escriba o si habrá buscado la canción en internet. Si lo hizo, ya no tiene chiste que se la mande. La verdad me siento muy pendejo con su número en mis manos y sin aventarme.

Ya estuvo bueno de ser tan cobarde. Jalo aire, lo suelto y de nuevo me atraviesa la punzada en la boca del estómago. Cierro el cuaderno, agarro el teléfono y escribo: "Hola, Manuel, soy Santiago".

Mi corazón late tan fuerte que la piel del cuello me brinca y las manos me sudan frío. Luego luego me responde:

**MANUEL**

**Hoy**

Hola, Manuel, soy Santiago

Santi!!!

Por fin

Que bueno que me escribes

Pense que te habia dado mal el numero

O que lo habias perdido

No

Tardé porque tengo mucha tarea

Te mando la canción?

Si!!!

Estaba esperando que me escribieras desde el sabado

Te hiciste mucho del rogar

Se me hace que te quieres hacer el dificil

No, cómo crees, perdóname

Te la mando de una vez

Tírate-Café Tacuba •————

Orale gracias Santi

Me latio

Esta chida

Qué bueno que te guste, es de mis favoritas

Si quieres te mando otras

Café Tacuba tiene muchas buenas

Ok

La verdad no se qué podría gustarte

Mándame lo que te parezca mejor

Estoy abierto a cosas nuevas

Ok, qué música te gusta más?

Igual encuentro algo como lo que escuchas

De todo un poco

Tu manda lo que se te ocurra

Mi corazón todavía late fuerte pero me acaricia el calorito que llega cuando estoy cerca de Manuel. Releo la conversación despacio, hay mucho que entender. Dice que me esperó desde el sábado, desde el mismo momento en que quise escribirle.

Me detengo en uno de sus mensajes: “Estoy abierto a cosas nuevas”. ¿Qué quiere decir? De seguro se refiere a la música, tal vez no conoce tanto de Café Tacvba. Pero tal vez habla de otro tipo de cosas nuevas. ¿Cuáles? ¿A qué otras cosas nuevas está abierto? No mames, Santiago, cálmate, no te vayas tan lejos. ¿Y si le pregunto? A ver: “¿Qué tan abierto eres, Manuel?”. Sí, güey, te va a contestar que te le acerques un poquito y lo descubras. No mames, Santiago, qué pendejo.

La primera canción que se me ocurre mandarle es “El baile y el salón”, pero luego me doy cuenta de que podría mal interpretarla o creer que trato de decirle algo, y sí, quisiera hacerlo, pero todavía no. Busco en la biblioteca de mi teléfono y leo todos los títulos que van pasando. Me detengo cuando encuentro “María”. No creo que en este momento tenga un significado para ninguno de los dos; la envío al chat.

**MANUEL**

**Hoy**

María—Café Tacvba

•—————  
Aquí está otra

Creo que esa la conozco Santi

Tal vez, es de 1992

Yo ni siquiera había nacido

Yo tenía 9 años

Aaaaahhh, he visto el video

Es en blanco y negro

Y suena como un bolero

Te gusta?

Si pero me da tristeza la musica

La pura musica

Aunque no le pongas atención a la letra

Sí?

Es que trata de la soledad

De que tarde o temprano te quedas solo

Jajajaja

Eres un adolescente

Qué sabes de soledad Santi?

Por qué piensas que no sé?

No te enojés

No es mal plan

Mejor mándame otra canción

No sé qué mandarte

No sé si te va a gustar

Andale  
Ya ves que estas dos me gustaron

A ti te gusta?

Dime  
Te prometo que no vuelvo a dudar de lo que  
me contestes

Porque?

Entonces?  
Tu que sientes cuando quieres a alguien?

Sabes que?  
Esto no se habla por chat  
Tenemos que salir a tomarnos algo  
Así lo platicamos mejor  
No crees?

Me late  
Mandame otra canción

La última y ya te vas

Pero mandame una chida  
Que te guste aunque no sea popular

Eres—Café Tacvba

•  
Esta es muy popular  
De seguro ya la has escuchado

Pues...

Bueno  
No me gusta tanto

Porque le gusta a mucha gente  
Y porque no sientes eso cuando quieres a  
alguien

Pues más cosas que decir que eres lo que más  
quiero en este mundo  
Y tú?

Sí, sí, tienes razón  
Pues después nos ponemos de acuerdo

Pero ya me tengo que ir  
Son más de las 10  
Mañana tengo clases a las 7

Ok

El baile y el salón—Café Tacvba

•  
Creo que sí es popular

Porque?

No

No tengo cerca mis audifonos

Y quiero escucharlas bien

Porque te gusta mucho?

Pero de todos modos me gusta mucho

Ya la escuchaste?

Por lo mismo que me gusta Café Tacuba

Porque cada canción te deja vivir una historia diferente

Cuando escucho María puedo imaginármela a ella caminando en la oscuridad sola

O sea con un montón de gente alrededor

Pero sola

Sabes cómo es?

O con Eres, yo no siento lo que dice la canción cuando pienso en la persona que quiero

Pero eso hace que me dé cuenta de que quiero más fuerte y más profundo porque la canción no me alcanzaría si tuviera que explicarlo

Y esta ultima que me mandaste?

Es una historia de amor

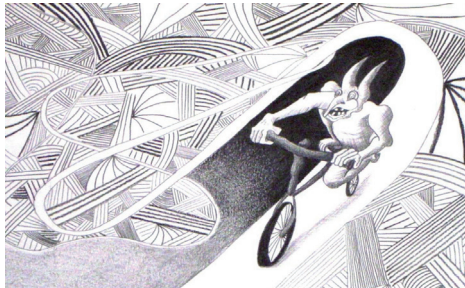
Un primer beso

Una historia que comienza bailando

Que se vive a través de un baile

Y que no importa quiénes son, de todos modos es amor

Mi corazón late suavemente, podría contestarle cualquier cosa que me preguntara. Tengo los codos apoyados sobre la mesa desde hace media hora y las manos empiezan a hormiguearme. Vuelvo a escribir en mi cuaderno.



*Habitantes del Limbo XVII*

Ignacio Navarro Cortez



*Desesperanza*  
Dayana B



*Los hijos del Bosque*  
Gibrany Jazzmeleth Becerril Saenz



# Bajo el agua

Agustina Hernández

Fue en pleno verano, un sábado a la tarde de cuarenta grados que terminó en una tormenta. Sería recordada porque nos dejó a oscuras varios días y sin teléfono durante un mes.

La quinta de los Martini era una institución en sí misma y en nuestras vidas en particular. Había tenido un papel fundamental en la infancia de mi padre y mi tío, ya que mis abuelos tenían su casa de fin de semana enfrente llamada Ariluma. Los Martini tenían dos varones de las mismas edades, por lo que los cuatro jugaban juntos a cualquier cosa y a toda hora.

A fines de los cincuenta, las calles todavía eran de tierra en esa zona y había más caballos que autos. Mis abuelos maternos vivían a la vuelta y como el único televisor del barrio estaba en Ariluma, cada tanto los compañeros de colegio de los niños Hernández eran invitados a merendar y a ver “El llanero solitario”. A mi mamá, Guy Williams la tenía sin cuidado, no así el mayor de los Hernández, con quien se casó.

El menor de los Martini formó su familia con una señora que a mí me parecía muy alta y llamativa. Para alegría de todos, con el tiempo se transformó en la mejor amiga de mi mamá. Cada una tuvo tres hijos, con intervalos similares; yo era la mayor de todos.

Los fines de semana que nos invitaban a la quinta eran una bendición, desde todo punto de vista y en cualquier época del año pero, sobre todo, en verano porque tenían pileta y nosotros vivíamos en un departamento de dos ambientes.

En total eran tres lotes, con una casa estilo inglés en el medio que, ya para ese entonces, había cumplido cien años. Su decadencia era adorable. Los pisos de roble de Eslovenia crujían de sólo mirarlos y jamás ninguno de los tres baños disponibles anduvo bien, que era una cuestión que todos tomaban con naturalidad sin hacer nada al respecto.

Aquel sábado estábamos las madres y los hijos solamente, sin padres ni abuelos o tíos.

Como ya eran las cinco y se acercaba la tormenta, se había dado por terminada la recreación acuática. Recuerdo que las madres estaban en la cocina, preparando de todo menos té. Yo me estaba por ir a cambiar cuando mamá me pidió que fuera a buscar una toalla que había quedado en una reposera. Sin saberlo, su pedido fue providencial.

La pileta tenía forma de ocho. A mí me parecía enorme y muy profunda. No lo era pero fue suficiente para que Julia —la menor de los Martini— casi se ahogara. Ella tenía seis años y yo doce.

Cuando levanté la toalla de la reposera, sentí ruidos en el agua. En la

mitad de la pileta asomaban los bracitos de la nena. Dejé mis anteojos —sin los cuales el mundo reducía diez veces su tamaño real— y me tiré de cabeza. Me obligué a abrir los ojos bajo el agua para ubicar el cuerpo de Julia. Sentí que no llegaba nunca, aunque, creo que con el impulso de la zambullida fue suficiente. La tomé por la cintura y salimos juntas a la superficie. Yo logré hacer pié y ella empezó a toser. La cargué hasta el borde y me aseguré de que respirara, pero fue mejor que se largara a llorar y empezara a gritar: ¡Mamá! La tapé con la toalla que había quedado sobre la reposera junto a mis anteojos.

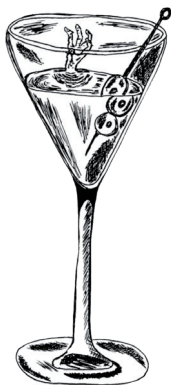
Aparecieron las madres que, cuando vieron la escena, empezaron a gritar y hacer mil preguntas a la vez, mientras se asomaban todos los hermanos faltantes. Los padres fueron llamados por teléfono, sin mayor sentido que la catarsis materna.

Julia fue tratada como una princesa y el hecho de que se metiera a la pileta a buscar un juguete que se le había hundido, sin saber nadar ni avisarle a nadie, quedó como una nota de color. A mí me mandaron a comprar helado a la única heladería del barrio que quedaba a cuatro cuadras. Por supuesto que no me dieron paraguas y cuando me tocaba volver, se largó la tormenta y llegué empapada, con lo cual me fui a bañar y me quedé sin helado. No me importó nada porque ese día me sentí Linda Carter en el mejor episodio de la serie.

La recompensa llegó veinticinco años después, en el festejo de los sesenta años de mi mamá, en la quinta. Hacía siglos que no veía a los Martini. Alguien hizo un comentario sobre la pileta y Julia contó a los presentes que siempre recordó el momento en que sintió mis manos sujetándola y sacándola a flote. Nos emocionamos, nos abrazamos y fue un momento que sólo nosotras entendimos en profundidad.

Han pasado más de treinta años desde el rescate. Nunca más me tiré de cabeza en una pileta. Nunca más abrí los ojos bajo el agua. No me gusta flotar y detesto ir a comprar helado, sobre todo si llueve.

Buenos Aires, Argentina.



# Bakarne

Juan Manuel Díaz

Llegué a una pequeña ciudad que no sabía que existía, alguien la había nombrado Irún. En ese lugar, todo es pequeño: los edificios, las calles, la estación del tren y la gente. En este rincón de colinas vascas, las personas, como sus vidas; se hacen diminutas. Pisas el andén del tren y tu vida carece de importancia. Por obra de un hechizo verde que baja por las colinas, tu vida desaparece. Tus actos se vuelven pequeños, dejan de impactar al mundo, se vuelven ecos reverberando entre edificios de no más de cinco pisos.

La vida pasa como quien camina de la Calle de la Estación hasta Paseo Colón: lenta, torpe y sin remedio. No se puede evitar pensar en que cualquier dirección es la misma; hacia ninguna parte. A las diez de la mañana el paseo se siente mundano y anodino, aunque un extraño orgullo inunda el aire, sale de los trenes iruneses y toma la forma de aves color césped en verano. Salen volando aquellas aves y se posan entre las manos, hombros, ojos y cabellos de los habitantes del pueblo.

Es el orgullo de provincia, de la gente trabajadora que conoce la tierra y que ha visto el mundo cambiar. Pero ellos no cambian, ellos, como su pueblo, sigue siendo el mismo. La gente en Irún camina decidiendo su futuro. Conoce su tierra como quien conoce la mirada de su madre y las grietas en las manos del padre. Tierra debajo de las uñas y callosidades de las que uno puede presumir. Irún significa agua y debajo de la piel cuarteada, ellos mismos son agua.

Mientras exploré las calles empinadas, el aire frío me reveló una pregunta: ¿acaso yo podría vivir entre los edificios de cuatro pisos y hacer el recorrido hasta la iglesia del Sagrado Corazón? Cerré los ojos y una pequeña mano tomó la mía, mientras una mujer de habla vasca, de grandes ojos negros y con cabello de chinos indecisos color castaño, me abrazó. De nuevo abrí los ojos y la escena me entibió la piel a pesar del viento otoñal.

Para ser sincero, aunque me atreví a soñar un poco, la gris realidad de mi existencia corresponde a la de una vida abandonada de toda magia y casualidades. Esos hechizos discretos que otras personas experimentan nunca han sido familiares conmigo. Las curiosas anécdotas que cuentan las parejas sobre cómo se conocieron, son completamente desconocidas para mí. Los milagros, así sean pequeños, como todas las cosas en Irún, me resultan ajenos como un recorrido en la luna: puedo verla a la distancia, sé que gente ha caminado sobre ella pero, para mí es imposible siquiera tocarla. Por eso lo pedazos de color como Irún me arrancan sueños de alguna fantasía que pensé perdida.

Más aún, cuando vi los ojos de una chica, seguramente un poco más joven que yo. Ese breve encuentro fue prueba de la distancia entre la luna y yo. La chica pareció salida de la entelequia; grandes ojos negros, sonrisa burbujeante y risa que refresca al más cansado. Me vio y se acercó. Con un acento vasco me pidió un cigarro. Se extrañó por mi forma de hablar. Mientras me preguntaba de dónde era, traté de sacar la cajetilla de la manera más delicada posible. Mexicano, le respondí y se acomodó el cabello detrás de la oreja como si remendara el botón en una prenda vieja. Prendí su cigarro y, a pesar

de haber terminado de fumar, la acompañé con uno. Sus amigos, a lo lejos nos veían y reían entre ellos. No entendí el euskera que salía de sus bocas y se remontaba a lo largo de la calle vacía.

¿Hasta cuándo te vas a quedar? Preguntó ella. Unas cuantas horas. Mi tren sale a las tres. Lástima, te hubiera enseñado la ciudad. Y mi cerebro quiso decir: Sí, me quedaré contigo el resto de mi vida, pero de los nervios, solo pude balbucear un: sí, es una lástima. Es que voy a Madrid. Con su sonrisa me invitó a decir más, a seguirla. Su cabeza se ladeó y me dejó ver el elegante cuello moreno, delgado y unos aretes largos que caían. Volteó a ver a sus amigos y gritó algo que no entendí. Bueno, si te quedas estaré en el bar Txoko, en la calle Lekaenea. Me llamo Bakarne. Se fue con sus amigos, dejándome con un cigarro en la boca y un desconcierto más frío que el viento irunés. Jamás había escuchado el nombre de Bakarne y, a ella, nunca la volví a ver. Diez años después sigo pensando en lo que hubiera pasado si en lugar de seguir a Madrid, hubiera ido al bar Txoko. Escribo esto a manera de respuesta pero las palabras forman una pregunta. Luego me enteré que Bakarne significa Soledad. Muy apropiado para lo que dejó en mí. Solo espero que ella, casi por accidente, recuerde un pequeño milagro que solo pudo ocurrir en Irún.



# Confesión

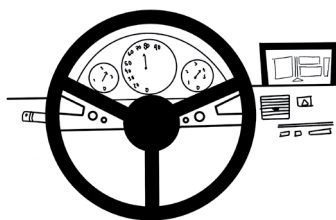
Juan Carlos Padilla Monroy

Hay noches, cuando termina mi clase en la universidad de H, harto de sentirme incomprendido por los estudiantes, cansado de su apatía, preocupado por su incultura, hastiado por su indolencia, frustrado por mi incapacidad de contagiar la devoción por las bellas artes...

Acelero mi último modelo, vierto mi espíritu en el rugido ágil y constante de todos sus caballos de potencia, dispuesto a entregarme a su máxima capacidad.

Me place ver con ojos borrosos el velocímetro incrementar a tres dígitos en un instante rabioso, abandonarme en las luces que inundan carriles y puentes, entregar mi desdichada existencia a la costosa maquinaria y la súper vía construida para dar sentido a su potencia tecnológica... con afán de comprender la trepidante emoción que apasionaba a Filippo Tommaso Marinetti y sus futuristas, ilusionado con la idea de convertir en noticia furiosa —redactada con el estilo pronunciado en su manifiesto— su estridente proclama.

Hacerme pedazos y fusionarme con el esqueleto inerte de los fierros eléctricos... para devolverle así a Samotracia su Victoria.



CONFESIÓN

# El hombre de Negro

Ronnie Camacho Barrón

Mi hogar, un pequeño poblado conocido como Villa Real, ubicado a las afueras de la Ciudad fronteriza de Matamoros, en el norteño estado de Tamaulipas, cuenta con una oscura leyenda que se ha visto estrechamente ligada a mi familia desde hace más de cien años.

Todo comenzó el día de muertos de 1899, cuando un grupo de bandidos llegó a nuestro pueblo y comenzó a sembrar el terror entre la gente. En su frenesí destructivo quemaron los cultivos, fusilaron a la gran parte de los hombres y robaron la honra de cada mujer que pudieron encontrar. Fue en ese álgido punto que Griselda, mi tatarabuela, hizo su aparición.

Durante las horas en las que el pueblo estuvo sumido en el caos, ella se atrincheró en la iglesia y junto a sus hijas se mantuvo oculta, pero, a pesar de estar en un lugar sacro, su alma no podía albergar más que deseos de venganza. Los bandidos habían matado a su esposo y reducido a cenizas las cosechas que con tanto esfuerzo habían trabajado, sólo le quedaban sus hijas y no iba a permitir que les hicieran algo.

Aún así, ella sabía bien que, poco más que nada podría hacer contra tantos hombre armados, fue entonces que hizo lo único que podía hacer en ese lugar; rezar, suplicar a Dios por un milagro, cualquier cosa que pudiera salvarlas de aquellos hombres, pero sin importar cuanto lo intentó, sus plegarias no fueron escuchadas o al menos no por el cielo.

De entre las sombras emergió un extraño hombre vestido con zapatos de charol, pantalones de lana y una levita bien planchada ambos de color negro. Hubiese parecido un aristócrata cualquiera de no ser por su rostro, el cual era un cráneo descarnado de una cabra de cuyas cuencas emanaba un espectral brillo amarillento proveniente de unos ojos de serpiente que parecían observar atentamente cada uno de sus movimientos.

La primer reacción de mi tatarabuela al verlo fue abrazar a sus hijas, mas el ser la tranquilizó, le hizo saber que estaba ahí para ayudarla, que había escuchado sus suplicas y se desharía de aquellos perversos hombres que habían invadido su pueblo. Claro, a cambio de un precio que después discutirían, sólo tenía que tomar su mano y todo terminaría en ese momento.

Griselda no sabía qué hacer, por un lado ella quería la seguridad de sus hijas, pero por el otro, a leguas podía notar que la propuesta del hombre no era más que una trampa. Lamentablemente el tiempo no estuvo a su favor pues, los bandidos habían llegado a su escondite y a base de machetazos comenzaron a romper las puertas. A cada segundo las afiladas hojas de las armas, se asomaban desde el otro lado; era cuestión de tiempo para que entrarán.

Decidida a que sus hijas no sufrieran el mismo destino que las otras

mujeres, mi tatarabuella tomó su mano y en lo que dura un parpadeo Villa Real se llenó de gritos de dolor, sin embargo, ninguno provenía de sus habitantes.

Cuando terminó con la masacre el ser reunió a todos los sobrevivientes del pueblo en la plaza y por fin se presentó ante ellos como “El hombre de negro” un ser que, como vieron, no solo era capaz de proteger su hogar sino, que, también prometía hacerlo tan prospero como la propia capital, solo tenían que pagar el precio que, previamente, había pactado con una de ellos.

Nadie sabía de qué hablaba hasta que mi tatarabuella avanzó hacia el frente y con suma determinación le preguntó por aquello que quería a cambio de su protección.

A pesar de carecer de labios fue imposible no notar la satisfacción en la voz del ser que sin tapujos exigió una mujer por año, si ésta era de su agrado todo iría bien, pero de no ser así, una catástrofe sacudiría al pueblo.

Nadie supo qué decir, aquella opción era inhumana, sin embargo, era la única que tenían. Después de ver cómo quedó su hogar se dieron cuenta de que tardarían décadas en reparar los daños, además estaba el alto número de muertos, ¿Qué les garantizaba que no fuera a haber más ataques de bandidos en el futuro? Sin más, aceptaron el trato y con el fin de garantizar la seguridad de sus hijas, Griselda fue la primera mujer en aceptar ser entregada al ser.

Para muchos turistas ésta historia no es más que una simple leyenda, una especie de héroe sangriento inventado por la propia gente del lugar, si tan solo supieran que cada palabra que decimos es cierta y que todos en Villa Real, somos rehenes de ese ser.

Ahora mismo, mi hermana mayor está siendo preparada para ser enviada ante El hombre y, aunque la amo con todo mi corazón, mi amor es superado por el miedo que tengo a lo que él nos pueda hacer, si es que ella, no resulta ser lo suficientemente buena.

Matamoros, Tamaulipas, México



EL HOMBRE DE NEGRO

# El Hoyo el hueco

Fernando Galindo

Aquí en el muertorio están unas lloranderas, los hermanos del hombre del momento, el de Hacienda, cuatro malqueridas, la abogada, un payaso, un mago y tres docenas y media de gorriones mojados por la lluvia plañidera. El de Hacienda es el único con paraguas porque se lo quitó al payaso que, ahora todo despintado, ni da risa.

En la lápida dice “sepelio” y uno de gorra pregunta que con quién. En lugar de un cura llega un trabajador social y es que ni la gracia del Cielo puede curar al muerto porque además de frío está excomulgado. El trabajador social se para derecho para agarrar voz y dice compañeros, compañeras, estoy aquí en nombre del Estado para dar testimonio de que al ciudadano licenciado Flamenco Churubusco Pantoja se le valen en este panteón y a esta hora sus últimos derechos. Hace una pausa y pide a los hermanos que abran la caja para revisar y quedar bien seguros de que ese es el ciudadano licenciado Flamenco Churubusco Pantoja y no cualquier otro expirado.

Pega un trueno y aprieta el aguacero.

Ninguno de los otros dos que se apellidan igual quiere abrirle al ataúd porque a uno le duele la espalda y al otro de plano sí no le quiere ver la cara al hijo de puta. Suertudo el segundo porque cuando, por presión social, se agacha al féretro no ve sino el fondo de seda. No está, dice sonriendo a media asta.

Todos ponen cara de sorpresa menos el de Hacienda y el mago. El de Hacienda ya se las olía y el mago tiene pura envidia. La peor querida de todas demanda una explicación porque está que lo remata. El trabajador social se fue a comer temprano porque al rato le toca acompañar a unos que ganaron en una balacera.

Deja de caer agua pero de todos modos el de Hacienda no devuelve el paraguas y hasta le quita el reloj porque lo hicieron perder el tiempo. Entonces, ¿está o no está muerto? pregunta el hermano al que le duele la ciática. Una gorriona dice que sí, que ella lo vio desnucado en la banquetta y separado del resto de su cuerpo. Como en la caja no viene ni por partes para armarlo y es viernes por la tarde, todos se van. Hace un día precioso. Está tan bello, tan de milagro, tan de vestido largo y de fantasía, que una de las malqueridas, la más joven, escribe en un recibo que tenía en la bolsa del pantalón lo siguiente:

Ojalá te hubieras muerto hoy, aquí conmigo.

Entre las tumbas no se escucha un alma, está todo quieto, todo en paz, todo lleno de la más liviana nada. Y a punto de llegar, dando la vuelta a dos cuerdas, viene Flamenco cojeando, con la cara entre sus manos, sin un peso de vida, caminando helado. Viene tarde, nadie lo ayudó a levantar su acta. No sabía ni cómo hacer el trámite, ni siquiera tenía idea de en dónde lo iban a enterrar. Ahorita que lo encuentre no se va a meter al hoyo, se va a dejar caer.



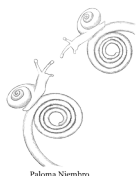


# La Conquista

Gabriela Gorches

Tras el encierro en las horas de sol, el frescor de la tarde le avivó los sentidos. Enseguida percibió esa especie de comezón deslocalizada, como corriente eléctrica picoteándole de pies a cabeza. Sintió erizarse todo lo largo de su cuerpo, como si anhelara algo. Hambre precisamente no tenía. ¿O sí? Un olor a hierba le atrajo hacia el vergel. Sus ojos se elevaron y aguzó la mirada: ahí estaba aquel ser angelical, masculino como escudo de guerrero; húmeda y ondulante como la cadera de una hembra. Imágenes de la primavera pasada comenzaron a exaltarle ... guardaba la sensación de esa boca carnosa adherida a la suya, casi succionándole las entrañas. Habían empezado a rondarse hasta que se aproximaron tanto que sus siluetas se tornaron una, enredo suave, perfecto. ¿Cuatro?, ¿ocho horas habían permanecido enlazados? La noche que empezaba a extender su velo le nublaba la memoria, mientras los ruidos del campo se hacían ensordecedores. Aquel cosquilleo vibrante que había comenzado tímido aumentaba también sin tregua, estaba a punto de volverse insoportable: un paso mínimo los separaba. Ambos podían percibir el aroma del otro, la secreción del deseo despedida a través de sus pieles ya francamente empapadas. Avanzaron formando un círculo que se fue estrechando, despacio, sin perderse de vista y con la respiración entrecortada bailaron su danza de ritmo suave y a la vez frenético. De pronto sucedió, sin pensarlo se lanzaron mutuamente el flechazo, blanco, rígido y mineral, largo como una espina penetrante. Los dos conocían el poder afrodisíaco de aquel dardo; lo mismo, su letalidad. Le temían, por eso lo preservaban en sus adentros. Pero también fue de pronto que, tras demasiada excitación, demasiada espera, los tiros salieron desviados y al mismo tiempo alcanzaron el corazón contrario. Ambos seres se desaguaron sobre el verdor, inertes, rozándose...

De haberse logrado como la última vez, después del larguísimo abrazo habría seguido un banquete de hojas en el jardín. Y tras un par de semanas, los óvulos en sus adentros se habrían convertido en un medio centenar de huevos. Cada ser, por su parte, depositaría los suyos en un hoyo bajo tierra y a los pocos días, de una rasgadura en cada huevo, aparecería un centenar de pequeñísimos caracoles, hermafroditas como sus padres, pero de forma aún dudosa.



Paloma Niembro

# Tiempo Ritual

Gabriela Gorches

Guardo el recuerdo de la primera infancia de mis hijos como una época de cansancio permanente. En un primer parto gemelar habían nacido Pablo y Pedro cuando yo tenía veintidós años, y al cumplir los veintitrés, con apenas dos años de casada, llegaron Clara y Candela a completar nuestra joven familia. Si hubiera tenido energía habría agradecido al cielo que me había dado un marido amoroso y cuatro hijos sanos, pero en mi realidad cotidiana no cabía sino la infinidad de tareas repetidas e indispensables para la supervivencia de mis dependientes. Recuerdo la visión de los cuatro bebés dormidos al final del día, en lugar de satisfecha me sentía atrapada por la rutina que, al despertar, me estaría esperando otra vez. Fernando, por su parte, estaba obligado a trabajar el doble con tantos hijos, o al menos era lo que le decía a todo el mundo. Yo creo que se valía del pretexto para pasar el mayor rato posible en la oficina y, en cualquier oportunidad, recuperar solo algo del sueño que la vida nos debía a los dos. En cambio, yo en casa suspiraba por su presencia con la misma hondura que meses antes de nuestra boda: además de una conversación articulada, representaba mi única oportunidad de aligerar una carga que se dividía a la mitad cuando estaba él. En las fotos de viajes de entonces salimos sonriendo los dos, ambas manos sujetando la de alguno de los niños. Precisamente se peleaban por el lugar como por un puesto en la tarima de los premios: el primero sostenía mi mano derecha, después la izquierda y luego, los flancos de su papá, los cuatro ganadores al fin y al cabo.

Me acuerdo que durante las vacaciones entre los padres negociábamos convenios tipo, media hora de SPA para quien se encargue del desayuno de todos mientras el otro se queda en la cama. Renovábamos energías por turnos cuando era posible. Pero en el coche, por ejemplo, nada más calculaba según los kilómetros del trayecto la cantidad de veces que los adultos soportaríamos el mismo casete de Katy Kiki y Koko antes de que la voz chillona de las orugas nos sacara de quicio. Actividades sin sustancia como los preparativos para salir del cuarto a la alberca del hotel nos tomaban media mañana, y luego seguían mil chapuzones de los cuatro niños hasta que se terminaran las horas de sol. Por fortuna, las tardes se hacían un poco más cortas, quizá porque ellos aterrizaban solos en la cama rendidos por el cansancio; entonces, empezaban para mí las vacaciones de verdad. No tengo tan claro el momento en el que comencé a divertirme junto con los niños en lugar de llevar la cuenta de las horas que faltaban antes de acostarlos. La calidad del tiempo compartido se fue transformando paso a paso en paseos en calesa, heladerías en los centros de pequeños poblados, parques acuáticos... Incluso la carretera se había convertido en espacio de juegos de destreza mental, como el “basta”. A la fecha nos reímos de las listas que discurría Pablo en la categoría “marcas”. Por lo general eran cosas que habíamos visto en hoteles: jaboncitos de tocador, nombres de muebles IKEA, accesorios de baño ... Entonces no lo imaginábamos adulto a él, ni habríamos podido medir el alcance de sus logros profesionales, pero estábamos seguros de que esa memoria fotográfica suya, especializada en detalles que nos parecían inútiles, habría de servirle para algo bueno en el futuro. A cada uno de los niños le descubrimos alguna habilidad durante un viaje, o quizá más bien las desarrollaron durante esos periodos de ocio aparente.

La capa más gruesa de nostalgia en mi memoria es la que envuelve unas vacaciones de Semana Santa en La Antigua, Guatemala. Escogí una ciudad de la que se decía que la belleza de las celebraciones de la temporada es tan famosa como la devoción de la gente.

De mi primera impresión recuerdo, más que la música en sí, la visión de aquel ritmo hipnótico, como un vaivén de oleaje sin viento, que avanzaba sobre la calle empedrada salpicando de púrpura penitente los flancos de muros de adobe. Habíamos salido a toda prisa del hotel, atraídos por el sonido de la tambora que acompañaba a golpes una marcha fúnebre, cuando al voltear en dirección al centro descubrimos la procesión. Nunca, ni en video, los niños habían visto nada como aquella Dolorosa que parecía avanzar hacia nosotros montada sobre un ciempiés. Candela me apergolló la mano como por instinto y fue ese contacto lo que rompió mi estupor. Volteé y me di cuenta de que estaba llorando. Apuntaba hacia la procesión diciendo que era lo más bonito que había visto en su vida. Lo fue también para mí, que sostenía la mano de mi Candela.

Al día siguiente, salimos del hotel dispuestos a dejarnos atraer por alguna trompeta. Antes descubrimos un grupo de gente en una calle cerrada al tránsito de vehículos. Parecían absortos contemplando el suelo. Una melodía que alguien silbaba acompañado en momentos por otras voces era el fondo musical. Dos mujeres paseaban repartiendo bebidas, mientras los más pequeños se entretenían mostrándose unos a otros los dibujos que habían hecho. A pesar de tratarse de un cuadro en plena actividad, parecía estático como suspendido en el tiempo. Pienso que el efecto lo daba la ausencia absoluta de prisa en cada uno de los participantes. El primero en acercarse fue Pedro, y a nadie pareció extrañarle su presencia, al contrario, empezaron a conversar con él como si siempre hubiera estado ahí. El resto de la familia lo seguimos sin reflexionar mucho.

Lo que mantenía la atención de la gente era una alfombra enorme a medio confeccionar. Nos explicaron que en general se hacen de aserrín teñido de diferentes colores, distintas flores, entre ellas crisantemos y rosas, hojas de corozo y de palma, y varios tipos de frutos. Los diseños sobre plantillas varían cada año y pueden llegar a ser muy complejos. Estas obras de artesanía quedan a cargo de las diferentes cofradías, pero, además, en varios puntos de la ciudad los vecinos se organizan para concebir y fabricar la alfombra que adornará la calle en la que viven, contentos y agradecidos con el honor de ver pasar sobre ella alguno de los cortejos.

No sé cuántas jornadas estuvimos en Antigua, cuántas figuras de mirada compasiva nos sonrieron circulando en andas, cuántos sones y marchas nos integraron de nuevo, con cada comienzo, a ese ritmo pausado que serenaba el alma. No habría podido calcular la duración de los recorridos; creo que todas las mañanas olvidé el reloj en el hostel. En cambio, me viene al paladar el sabor del chocolate batido de la pastelería del zócalo. A la fecha, en su nuevo papel de padres de nuestros nietos, los hijos siguen añorando aquel salón de tardes sin programa en las que el único objetivo era estar juntos. El complejo diseño de nuestra alfombra dejó huella en la memoria de todos, la hermosa paradoja de presenciar su destrucción al momento mismo de ocurrir el milagro.



# Tierra de montañas

Yasmin Brito

Tierra de montañas, así decía mi abuela Mbarka, mientras regaba el huerto junto a la casa. La historia de nuestro pueblo se cuenta en cada rama de olivo, en cada roca, aquí, nuestros antepasados construyeron su destino, esta región es nuestra. Sentía un profundo orgullo de vivir allí. Miraba a lo lejos cuando evocaba sus recuerdos, sus ojos se abrían y sus tatuajes se avivaban; yo sentía la emoción que ella desprendía al hablar.

Era pequeño, pero cada historia contada por ella me enriquecía el alma. Una buena época, decía, la seguridad reinaba, los niños y mujeres disfrutaban de todos los beneficios de esta tierra mágica. Las mujeres se encontraban para lavar sus ropas, el agua era sana, allí conversaban y cantaban, intercambiaban alegrías y penas para terminar lavando sus cabellos. Luego regresaban a casa cantando por el largo sendero. Sus palabras resonaban como el eco del pasado, y su memoria revivía la emoción de entonces.

Mbarka, tenía una mirada penetrante, en sus ojos tenía una luz cristalina que deslumbraba las miradas, pero un corazón muy dulce. Sus cabellos eran como olas de mar embravecido bajo el pañuelo que ceñía con ímpetu, su vestido colorido y sus pulseras de colores le daban un toque tradicional. Un tawzim precioso adornaba su frente, siempre atareada pero sonriente.

Recuerdo el fin de Aid, esperamos con ansias la hora de romper el ayuno. Nos deleitaba con exquisitos platos y dulces aromatizados. Siempre estuve muy apegado a ella, admiraba su bravura, su sencillez. Hoy soy un hombre de costumbres, gracias a ella. A veces, cierro los ojos y siento sus arrugadas manos acariciando mis cabellos... Te pareces a tu abuelo, tienes su carácter, decía, a la vez que sus ojos emanaban un brillo inusual. Hamdulillah era su palabra favorita, agradeciendo a dios por su vida.

Siempre decía, en la casa lo más importante es la riqueza del corazón. En ocasiones cogía la Shikwa, y me daba un generoso vaso de leche fresca. Se sentaba en un pequeño rincón junto al fuego. La habitación era sencilla, de paredes blancas, con techo de madera, los símbolos bereberes afianzaban nuestra identidad. El horno de piedra olía a comida tradicional y las cebollas colgaban adornando la cocina. Allí sonriente, sentada en un tapiz de vivos colores, me cantaba viejas canciones, al tiempo que estiraba sus piernas. Sentía dolores en la parte baja de la espalda a fuerza de encorvarse en los trabajos agrícolas. El tiempo y el esfuerzo dedicados a cultivar la hacían una magnífica conocedora, ya sea en Sswaleh o en Iquranen, épocas de cultivo.

Me contó una vez sobre las tristes historias de hombres y mujeres que murieron por defender sus raíces. Las mujeres de nuestra región, leonas argelinas que valientemente, defendieron su país. Verdaderas hijas de la reina Kahina, contaba ella con orgullo. Su voz retumbaba en la habitación, recordaba

sus antepasados, y sus vivencias me hacían feliz.

Hoy, los tiempos son diferentes, la vida se agita. El aire ya no tiene el mismo olor, pero añoro el tiempo que pasábamos juntos. Permanecía horas enteras con la mirada clavada en los caminos que atravesaban las montañas, siempre tenía una historia que contar. Esa mañana, me levanté muy temprano. Había un silencio que solo permitía escuchar a lo lejos el sonido de la lluvia y el silbido del viento en las montañas. Mi abuela no estaba, las hojas se estremecían, un extraño mundo se abría, mezclado de tristeza y pena.

Apenas tenía edad para comprender. No despertó, durante la noche sus párpados se cerraron suavemente, llevando su sueño a las estrellas. ¡Sentí miedo de haberla perdido, mi corazón lo sabía! En mi esperanza de encontrarla, a veces, siento su aliento allá, lejos en la tierra de montañas. Puede ser en el monte Azrou n'hour, o en Lalla khedidja la parte más alta. Allí la siento, como si cada piedra, cada árbol, guardará para siempre toda su esencia.



Paloma Niembro

# El camino de la pandemia

Antonio Sardina

Regresando de nuestra luna de miel, me resbalo en la gasolinera y me rompo la tibia y el peroné; catorce operaciones en tres años y al final, me amputan la pierna izquierda debajo de la rodilla. ¡Carajo!

<<Esto que viví debe tener algún sentido>>, me dije. Por eso he decidido hacer el camino de Santiago este marzo de dos mil veinte, así como estoy; con mi escúter, mis muletas y la afectada colateral de mi accidente, mi esposa Nadine. A pesar de los daños, sigue conmigo.

El plan era hacer la ruta portuguesa, que es la más corta, tampoco se trata de exagerar. Decidimos ir a Lisboa, y después de ver al apóstol en su catedral, queríamos continuar con un viaje por el norte de España, tomando como centro de rutas el chalé de mi familia en el pueblo asturiano donde nació mi padre: Panes, pequeño pueblo en la ruta de los picos de Europa, donde viven no más de cien habitantes cuando no es verano, la mayoría de ellos, gente mayor.

Hace dos semanas llegamos a Lisboa, nos dicen en el hotel que se ha anunciado el primer caso de coronavirus en Portugal, noticia a la que no dimos importancia. Visitamos en el recorrido varios pueblos de Portugal y Galicia, un poco extrañados de que conforme avanzábamos, cada vez, había menos turistas y peregrinos, pero para nosotros mejor, nos atendían con más gusto y no teníamos problemas para comer donde queríamos.

Yo recorría los pueblos y ciudades con el escúter y caminaba un poco con la muleta en cada lugar, después, un transporte me llevaba al siguiente pueblo, mientras Nadine caminaba lo que podía y, al cansarse, el mismo transporte pasaba por ella. A los ocho días llegamos a Santiago de Compostela y cuál sería nuestra sorpresa al encontrarnos con que, en el hotel de los reyes católicos, sólo había dos cuartos ocupados.

Al salir a la plaza de la catedral, los únicos peregrinos éramos mi mujer, mi escúter y yo, lo que era sorprendente ya que durante todo el año está llena a reventar de peregrinos y turistas. Entramos a la catedral por una puerta que encontramos en una de las tiendas de recuerdos, con el objetivo de ver al Santo y que Nadine pudiera abrazarlo como manda la tradición. La catedral en obras y solo nosotros y Santiago. En ese momento tomamos conciencia de la anomalía que estábamos viviendo y de la gravedad de la llamada pandemia, con los contagios disparados en España y en toda Europa.

Rentamos un coche adecuado para llevar mi escúter y enfilamos a Panes. En cuanto empezamos el viaje fuimos percibiendo poco a poco la sensación de alarma silenciosa presente durante todo el camino: muy pocos coches, gasolineras cerradas al igual que las tiendas de conveniencia; un ambiente que se sentía opresivo y tétrico.

Las noticias que escuchábamos sobre contagios incrementándose incontrolables eran cada vez más catastróficas. La tensión, el nerviosismo y un incipiente miedo, crecían en mí y, sin duda, contagiaban a Nadine.

No era el sentido que buscaba con este viaje.

Habíamos acordado por teléfono que al llegar nos recibiría el matrimonio encargado de cuidar la casa: Javier y Conrada, por lo que nos extrañó encontrar la casa cerrada, una aldaba con candado en la puerta y nadie que respondiera al timbre ni a la campana del portal. A los cinco minutos apareció Javier, un hombre en sus cincuentas con aspecto de asturiano de campo sacado de algún folleto, con boina y todo.

Sin darnos la mano y con exagerada distancia y precauciones, nos hizo saber que el pueblo entero estaba en estado de pánico por culpa del bicho ese que estaba infectando a todo dios y que se acababa de implementar la orden de que los habitantes debían permanecer en casa y sólo salir para asuntos indispensables. Nos comentó también con gestos de enojo que la gente estaba segura de que el foco de infección estaba en Madrid, de donde llegaba la mayoría de los veraneantes que tenían casa en el pueblo, pero se tranquilizó al saber que nosotros no habíamos llegado por esa vía; aún así, nos miraba con recelo y mal humor.

Quería sólo darnos las llaves y volver a su casa, pero cuando vio mi condición, a regañadientes me ayudó a subir las escaleras para entrar a la casa y acondicionó la sala de televisión de la planta baja para que pudiera dormir ahí, pues me era imposible subir al segundo piso. Una vez instalados y después de explicarle a mi mujer todos los trucos de la casa, nos dijo que no lo volveríamos a ver, pero que Conrada nos llevaría comida y alguna otra cosa que necesitaríamos.

Al quedarnos solos comenté con Nadine que seguramente el bueno de Javier exageraba y que lo mejor era que ella saliera a dar una vuelta para enterarse de la verdadera situación. En cuanto salió me dediqué a encontrar los canales de televisión y a buscar señal de wifi sin éxito, pues el plan telefónico que habíamos adquirido en Santiago ya estaba por consumirse.

Al regresar, estaba seriamente preocupada; me contó que sólo había caminado una cuadra camino a la tienda que habíamos visto al llegar, cuando la interceptó un guardia civil para interrogarla; ella le explicó quienes éramos, dónde estábamos hospedados y que nada más iba a la tienda a comprar algunos víveres. El policía amable pero firmemente le dijo que sólo podría salir una vez al día para asuntos urgentes y ni pensar en ocupar nuestro coche, ya que estaba prohibida la circulación.

Esa noticia nos llenó de enojo, pues no íbamos a poder hacer nuestro recorrido turístico y tendríamos que permanecer en la casa; aunque estábamos seguros de que ese mandato nada más se mantendría dos o tres días. Me molestaba particularmente que no había señal de wifi en la casa y que sólo se veía un canal de noticias, en el que, por lo visto, todo el día se dedicaban a informar sobre el avance de la pandemia, la cual se agravaba a cada momento, con hospitales rebasados, inclusive las funerarias, lo que había llegado a que se vieran muertos en las calles.

El chalé había sido construido por mi tío Cándido que, como muchos asturianos, había ido a México a "hacer la América" en los años cincuenta; le pagó el viaje después a mi padre y a otros tres hermanos para que lo ayudaran en su negocio, que prosperaba rápidamente. En unos años decidió construir esta casa de diez habitaciones en la calle principal, como tributo al pueblo donde nació, honrando la costumbre de los llamados "indianos", que de esa manera dejaban testimonio de su éxito en el nuevo continente. Resignados a nuestra situación, nos dedicamos a pasar el día jugando cartas y revisando papeles y objetos curiosos que Nadine encontró realizando expediciones por las distintas habitaciones.

Por las tardes ella salía a la tienda para caminar un poco y hablar con gente del pueblo, así se enteraba de las noticias locales, mientras yo veía televisión y me actualizo sobre el avance de la pandemia y las medidas de emergencia que se estaban tomando, sin mucho éxito hasta el momento, pues los contagios crecían sin control y los muertos se contaban por miles diariamente. Ya llevábamos una semana y esto no parecía que fuera a acabar pronto.

Sin duda no ha tenido sentido mi viaje al camino de Santiago. Días después, cuando Nadine regresaba de su caminata diaria, alarmada me dijo que la situación había cambiado drásticamente. El guardia civil la detuvo a pocos metros de salir y le informó que no podría ir a la tienda, ya que la dependienta se había contagiado y se acababa de dar la orden de que a partir del día siguiente, debíamos encerrarnos en nuestra casa y no salir, se había acordado de que Conrada nos dejaría alimentos en la puerta cada tercer día, pues tampoco podría tener contacto con nosotros.

Un silencio preocupado siguió a sus palabras, pues era evidente que esa orden era sólo para nosotros, ya que seguimos viendo pasar a los habitantes del pueblo por la calle. La paranoia se había apoderado de España, pero acentuándose, en particular, en este pequeño pueblo, donde nosotros éramos los únicos extranjeros. La gente se cruzaba a la acera de enfrente antes de pasar por nuestra casa y las miradas que nos dirigían eran de desconfianza y enojo sin duda.

Estábamos alarmados tanto por escuchar las noticias nacionales y mundiales, como por sentir que el pueblo entero nos aislaba, ya que ni siquiera de las casas vecinas se asomaban, cuando al llegar, sonrientes nos llamaban a gritos de las otras casas preguntando por mi familia a la que conocían desde siempre.

Alguien hizo pasar un sobre por debajo de la puerta, a la letra decía:  
 <<Aquí están seguros de que han sido ustedes los que trajeron la pandemia. Ya han muerto dos vecinos. Iros de inmediato>>.

Este mensaje nos cayó como un chorro de agua helada y decidimos arriesgarnos y salir en el coche al día siguiente, tomar dirección a Madrid y ahí esperar a que se abrieran los vuelos para México. Le pedí a Nadine que saliera a donde habíamos estacionado el coche y revisara si tenía gasolina mientras yo hacía mi maleta.

Escuché el grito casi de inmediato: —¡Toño, han puesto el candado en la aldaba!

Tomé mi mula y me dirigí a la puerta, ella estaba en la ventana con las manos en la boca. Al llegar, dirigí mi mirada a la calle y me sorprendió ver un grupo grande mirando a la casa. Parecía que estaba todo el pueblo.

El guardia civil llegó con un bote de gasolina en las manos, se encaminó a nuestra puerta y nos empezó a invadir el olor a madera quemada. Pasaron unos segundos y escuchamos el crepitar de las llamas, el humo empezó a entrar por debajo de la puerta.

Nos separamos de la ventana unos metros justo a tiempo para ver cómo los cristales estallaron y las cortinas se prendieron con un fuego azul y rojo.

Nos abrazamos fuerte, muy fuerte...no era el sentido de mi viaje, chingao.



Paloma Niembro



# Mr. Hyde en las pupilas [Fragmento]

Yafé Arias

Entró Mr. Hyde, justo ese día en que olvidé cerrar mis puertas, se sentó a la mesa y mi casa envejeció 30 años. Las paredes se bañaron de sepia en un atardecer que se quedó para enmarcarnos. El tiempo en el reloj y mis fotografías desaparecieron en gruesos manchones de polvo. Sin decir palabra, la habitación se reveló llena de tazas vacías mientras Hyde y yo nos miramos y descubrimos el reflejo de ese otro largo tiempo en el que existimos sin vernos.

—¿Quieres un café?

No había acabado la pregunta cuando una sonrisa socarrona y el sonar de una cuchara con azúcar me hizo notar que Hyde se había servido por su cuenta.

—¿Qué te trae por aquí?—¿ Pregunté ingenuamente.

—¿Hace tanto que creí que no volvería a verte.

Violentemente me sujetó, un escalofrío recorrió mi cuerpo, no fui capaz de reaccionar ni de moverme. Hyde sentado al otro lado de la mesa con tan sólo un movimiento había conseguido dominarme de nuevo.

La última vez me tomó años separarme de él. No recuerdo bien a bien cómo es que logré hacerlo. Hyde y yo estuvimos juntos desde mi infancia. Mis primeras nociones fueron a su lado. Creció junto a mí, con el tiempo logró mucho de lo que yo no pude y destaqué, en gran medida, gracias a él. Aprendí a vivir con ello, a dejarlo tomar las riendas de nuestra vida en los momentos de mayor algidez. Fui endeble de nacimiento, a veces creo que de no ser por Hyde no habría sobrevivido al parto o hubiera muerto en la cuna. Hyde fue mi refugio.

En el colegio estuvo allí, yo me enamoré pero él se atrevió a besar primero. Cuando hubo problemas y mi nariz sangró a causa de algún buscapleitos, fueron sus puños y no los míos los que emprendieron la ofensiva. Las mejores historias siempre salieron de su boca y el encanto natural de su arrojo fue mi mejor arma para sobrellevar la adolescencia. A Hyde nunca le temblaron las piernas ni se amedrentó ante nadie.

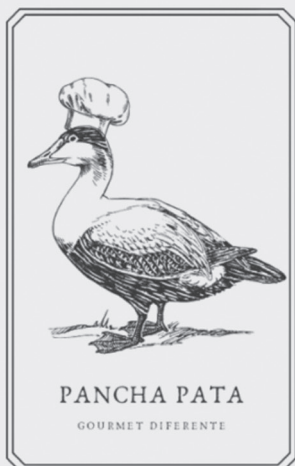
Siempre supo qué hacer y cómo salir adelante. Él me ayudó a ser un hombre, me llevó a mi edad adulta con bastantes méritos académicos, buena destreza deportiva y un humilde pero destacable éxito entre las mujeres. Consideré a Hyde mi amigo, parte de mí. Teníamos un acuerdo tácito de guardar silencio respecto a nosotros; yo nunca hablaría de él y, cuando yo me iba y él se encargaba, no diría jamás, a nadie, nada de su naturaleza ni de mí. Yo le permitía ser mi huésped, él aceptaba ocultarse hasta que yo lo necesitara. Siempre fue así, estábamos claros. Creí que yo tenía el mando, que tendríamos ese orden hasta el fin de nuestros días; creí que Hyde obedecería, que no tendría ninguna necesidad, que su único objetivo era protegerme y eso fue, en primer lugar y sin lugar a duda, la raíz de nuestros problemas.



Paúl Núñez

0 | POR ESCRITO | 47

CONOCE EL SABOR DEL GOURMET DIFERENTE  
EN AMORES 949, COL DEL VALLE CENTRO



PEDIDOS AL 5555750953

ENCUÉSTRANOS EN RAPPY Y DIDI FOOD



# Invitamos a nuestros lectores a un gran desfile literario.

Pongámonos cómodos y veamos qué pasa por delante de nosotros.

## El arca de Noé

Alejandro Magallanes

Suena música suave.  
Una pasarela de diez metros de largo  
y tres metros de ancho (aproximadamente)  
rodeada de sillitas.  
Los asistentes ocupan su lugar.  
Los murmullos  
se vuelven gritos y risotadas,  
hasta que las luces del arca  
se apagan súbitamente.  
Los fotógrafos y las fotógrafas  
alistan sus cámaras,  
codeándose entre sí,  
para ocupar un mejor lugar.

Música electrónica.  
Luz al ángulo de la pasarela.  
El volumen aumenta considerablemente.  
Sale el gorila con un estampado  
de piel de tigre  
caminando  
con movimientos felinos.

La gallina,  
en uno de los atuendos más esperados de la noche,  
es aplastada por el gorila  
sin siquiera poder ser admirada.

El avestruz  
en atuendo de pavorreal  
corre por la pasarela  
desgañitándose  
sensualmente.

Para no hacer el cuento largo,  
cada uno de los animales  
desfila vestido de alguno otro,  
mientras la música electrónica  
es complementada con aullidos,  
graznidos, trinos, rugidos, maullidos,  
mugidos, bramidos, rebuznes,  
relinchos, bufidos y zumbidos (etc.)

Y de repente,  
en una entrada triunfal,  
sale la mismísima mona,

vestida de seda.



# El guardarropa

— Angeles Montes de Oca Bowers —

La primera vez que se probó ese atuendo se sintió incómoda, desencajada. Todavía entonces le quedaban los resabios de la traición de Fabián y la hipócrita complicidad de su familia política que la recibió en el bautizo de Nadia, la hija de su cuñada, con los brazos abiertos y una enorme sonrisa. La segunda vez, pese a las observaciones de Fabián, insistió en ir así ataviada al reencuentro de la generación de la universidad en una linda casa en las Lomas. Era la de Héctor, uno de los compañeros de Fabián que había prosperado mucho. Excelente anfitrión, por cierto. Le ofreció un tequila y le dijo que entrara en confianza, que todos eran entrañables amigos. Él los había convocado por internet y era un gran día para ellos después de tantos años sin verse. Fabián departía muy simpático, especialmente con sus antiguas compañeras de la Facultad. Ella se sirvió sola el segundo trago, y el tercero y el cuarto mientras todos se ponían al día de sus vidas y sus logros. La siguiente vez que se arregló con el mismo vestuario fue cuando leyó en el celular un crimen a una mujer en su misma alcaldía: el marido la había encerrado por 8 años en la casa. Ahí parió a tres niños, todos cautivos eran objeto de sus crueldades y vejaciones, hasta que al fin decidió liquidarla y a 2 de los niños. Los vecinos habían llamado a los bomberos por una fuga de gas y de casualidad encontraron aquella escena dantesca. Parece que el individuo quería suicidarse y dejó abiertas las llaves de la estufa. Lograron rescatar con vida al bebé y al secuestrador. Los hechos habían ocurrido apenas a unas cuadras de su casa. Un agujero se le instaló de por vida en el estómago a partir de entonces, pero no pudo llorar por la mujer ni por esos niños. Solo dejó de leer y ver las noticias.

La cuarta vez que se arregló con el mismo atuendo para salir ya no fue una ocasión especial. Sólo se atavió para encontrarse con Héctor en un motel bastante cercano al cual llegó sin pudor caminando. Héctor la miró con ternura: “a ver si hoy se te quita esa mirada tan triste”. Después de esa mañana decidió usarlo para todas sus actividades. Con él iba de compras, se encontraba con su amante y tenían un sexo frenético, recogía a los niños del colegio, visitaba a su madre, le servía a Fabián el desayuno y la cena, mantenía sus ventas por internet, se acostaba y dormía y se levantaba con lo mismo. No importaba qué prenda se pusiera o se quitara, ella del diario iba vestida de Desencanto.



# El juego

Magy Otaduy

## 1. La sorpresa

—¡Pero sí que eres un cretino! —exclamó Delia. Le había visto llegar con un paquete de regalo con envoltura de color naranja intenso y que en letras café oscuro decía Hermès.

—¿Así me recibes cuando me presento con un regalo, cariño? —respondió Erik fingiendo desconcierto mientras levantaba con orgullo el paquete— Mandé confeccionar este modelito. Tardó más de lo que me imaginé, pero aquí está.

—¡Ah, qué sorpresa! ¿Y qué esperas, que me derrita de agradecimiento después del engaño? —Delia dudaba si Erik era tonto o sólo descarado. Lo cierto es que el cinismo en la pareja Rogers, era ya de un nivel poco usual.

—¡Qué te pasa, de qué estás hablando! —El corazón de Erik comenzaba a palpar con fuerza; lo invadía esa sensación de curiosidad e incertidumbre que le causaba cierta gratificación incomprensible.— De nuevo con tus sospechas infundadas y tus ataques rutinarios de celos ¿Erik respondía y se cuestionaba, ¿habrá leído de nuevo mis mensajes? Siempre dudaba entre conservarlos o eliminarlos. Los había conservado, como tantas otras veces.

## 2. El recuerdo

Delia miraba de reojo el paquete. En instantes recordó aquel viaje a Londres, cuando visitaron la exposición Bags: Inside Out en el Victoria & Albert Museum. En una de las vitrinas exponían el famoso bolso Kelly, el auténtico, el original bolso que había pertenecido a la princesa de Mónaco, Grace Kelly, y que había sido immortalizado en las páginas de la revista Life. Desde entonces, el bolso Kelly se había convertido en un ícono de la elegancia del siglo XX que pocas mujeres podrían incluir en su guardarropa.

Delia creía estar segura del contenido del paquete. ¡Erik era tan predecible; qué aburrido! pensó, suspirando. Lo admitía, vivía cautivada por el deseo de poseer un bolso como ése, quizá más por la historia anecdótica y por el glamour que se había generado alrededor del bolso, que por la elegante funcionalidad de su diseño.

Ella lo deseaba y él lo sabía.

## 3. El encargo

Delia tomó un respiro profundo. El enojo volvía y se apoderaba de sus pensamientos, pero ella sabía que el engaño era mutuo. Se contuvo y siguió el juego, sintiendo el peligro.

—Tú siempre con explicaciones y maniobras retorcidas. ¿Acaso crees que me puedes comprar con tus regalitos?

—Ni siquiera lo has visto —respondió Erik con tranquilidad, confiando en la capacidad mágica que podría tener el obsequio seleccionado. Había dedicado horas para escoger el material: Cocodrilo o lagarto, lona o camuflaje, avestruz, cuero vacuno o piel de cochino; el color, entre infinidad de opciones y patrones; y el tamaño, con las alternativas por definir entre 8 opciones. Haciendo ciertos ajustes a su versión original, había logrado reducir el tiempo de entrega de 36 a tan sólo 12 meses. También había conseguido un importante ahorro en el precio final, aunque sabía que para un bolso Kelly es imposible conseguir el tan deseado dos por uno. Aún así, la inversión valía la pena pues había aprendido que mantenerse activo en varios frentes siempre golpea la tarjeta bancaria. El proceso le había divertido.

#### 4. La decisión

Tan solo unos segundos tenía Delia para la siguiente movida en la partida de hoy. Hay quienes afirman que la elección de un bolso necesariamente implica una declaración de principios. Se encontraba ante la disyuntiva entre desechar el regalo y mover las fichas pensando en recobrar la dignidad ante el engaño o tomar el famoso objeto del deseo, el bolso Kelly y desfilar en la pasarela del privilegio. Además, es de concededores de la moda saber que el bolso Kelly se ha convertido en un personaje de novelas románticas y aún de misterio.

Por un instante Delia se imaginó personificando a la famosa artista Catherine Deneuve quien, según la leyenda utilizó su primer sueldo como actriz para adquirir un bolso Kelly. A pesar de no ser tan joven, Delia se visualizó a sí misma siguiendo los pasos de la protagonista de la novela *Le Divorce* de Diane Johnson quien recibe uno de estos prestigiosos bolsos como regalo de su muy adinerado amante. Quizá con unos años más, se vería en los zapatos de la elegante dama de sociedad Amalia de Balmaseda quien acude con su bolso Kelly a las reuniones de los viernes en el Hotel Embassy en la novela de Paloma Sanchez Garnica, “Mi recuerdo es más fuerte que tu olvido”.

En realidad la elección no era difícil; poca dignidad quedaba por defender ante lo que su matrimonio se había convertido. Recordó la cita con Mirelle, la guapa joven con quien había entablado una amistad desde hace algo más de un año. Con ella había aprendido otro juego, el de las damas de sociedad que se atreven a todo. Sí, ella sabría apreciar su bolso, incluso le provocaría cierta envidia. Estaba decidido.

#### 5. El desenlace

Delia tomó el regalo, lo abrió y confirmó su sospecha. Envuelto en papel naranja se encontraba un bolso Kelly, en piel de cocodrilo, color rojo y herrajes de platino. Sin mayor aspaviento, guardó en él su cartera y sus llaves. Algo agitada se despidió de Erik simulando con prisas el enfado por el engaño, mientras él sonreía con cierto sarcasmo.

Ahora Delia daba pasos firmes por la avenida escuchando el golpeteo de sus tacones sobre el pavimento y sintiendo volar su cascada tras su acelerado andar para llegar a la cita con Mirelle. Por instantes se sintió Audrey Hepburn o Marlene Dietrich luciendo su bolso nuevo. Creyó percibir las miradas de envidia de quienes reconocían su nueva prenda. En su delirio, Delia imaginaba con cierto gusto, la expresión un tanto envidiosa de su amiga Mirelle al ver su Kelly. Al dar la vuelta a la esquina la vio, acercándose con el mismo paso acelerado y firme, con su hermoso vestido que volaba de forma elegante al caminar y... ¡con un bolso Kelly del mismo color, tamaño y piel! Ambas se miraron a los ojos, en un instante lo comprendieron todo y mientras se acercaban disminuyeron el ritmo de sus pasos, desviaron sus miradas y se cruzaron sin intercambiar ni el saludo.

El juego había terminado.



# En sus manos

Francisco Duarte Cué

Muy Señora nuestra:

Le escribo estas líneas a nombre de todos quienes integramos esta casa de sastrería con la sola intención de hacerle llegar nuestras más sentidas disculpas, pero ni con toda la habilidad que nos han dado los años de portar agujas y dedales, hemos podido cumplir con su petición para modificar el vestido que nos confiara para remendar. Ésta es la primera vez en los más de 25 años que tenemos en este taller que tal cosa nos sucede.

Le resultará difícil creernos, pero, lo que nos ha pedido, es casi imposible de hacerle a su vestido sin destrozarlo por completo la idea que lo originó, está concebido para cubrir lo que no debe mostrarse y solo enseñar lo que deba de verse. Darle a quien lo porte, la ocasión de hacerlo con sobriedad, astucia en el paso y la elegancia que la hora del día propongá y amerite.

Dirá usted, sobrada de razón, que este taller está distante de la haute couture a la que seguramente desearía estar acostumbrada, pero créame que en principio somos lo mismo, pues en el fondo de nuestras labores, sabemos que la clientela manda, pero la prenda obliga. Aunque sea la sencilla unión de tela e hilos, cada vestido posee un sentido general y amplio, tiene una obligación que cumplir y nosotros una que resguardar.

Poco nos interesa si es su intención mostrar secciones de su cuerpo al despojarlas de prendas, de vestimenta; no es nuestro asunto ni de nuestro menester. Sólo podemos decirle que no podemos desarmar una prenda para tasajearla de largo y escote, mangas y espalda para convertirla en un algo imponible, fuera de toda posibilidad de lucimiento y ausente de la poca o mucha personalidad que la buena caída de una tela que arropa al cuerpo tiene. Será usted quien lleve la prenda, pero la etiqueta llevará nuestro nombre, nuestro trabajo y algunos años de prestigio.

No quisiera que viera usted arcaísmo en mi sentir. Por ello, le he pedido a mi hija quien recién egresa de la escuela de modas que le haga llegar esta misiva de disculpa a sus manos, misma que se acompaña de un vestido totalmente nuevo que nos permitimos elaborar. El vestido lleva sus medidas y, suponemos todos en este sencillo obrador de moda, también una mezcla de sus gustos y los nuestros. Tenemos confianza en que podrá lucirla con la prestancia que en ella lleva nuestro reparar de zurcidos y prender de alfileres.

El vestido que originalmente nos mandara, quisiéramos conservarlo en uno de nuestros maniqués de trabajo, para que nos recuerde que no sólo hacemos lo que se puede sino lo que se debe. Tela, hilo y botones, cuando juntos, parecen pasar a ser personas a las que nada más les falta el complemento de un cuerpo.

Señora, le pedimos reciba en su nueva prenda, un 'mil gracias' nuestro.

Antonio Valdés Loredó  
Modisto





# Festival

## Pita Escalona

El joven sommelier fue invitado a participar en una cata de vinos en la cumbre de las festividades de la ciudad de Puerto Vallarta. El ágape tendría lugar en el Bar Observatorio del Hotel Bella Marina. El día anterior, el joven quiso ensayar su discurso. Se presentó al mediodía, entusiasmado, con los apuntes bajo el brazo. En el bar, construido exprofeso en el último piso, para desde ahí poder mirar a las ballenas en su tránsito hacia el norte, había dispuestos varios binoculares para uso de los huéspedes. La vista desde ahí era espectacular. Mar y cielo divididos por el horizonte y las olas discretas rompiendo en la arena.

Al fondo del bar, a un lado del ventanal, una mesa con un micrófono esperaba al joven sommelier. Tomó asiento. Comprobó que el sonido funcionara, golpeando levemente el micrófono y diciendo las palabras: “sí, sí, bueno”, comenzó el discurso hablando del cultivo de la uva y de su tradición. “El nombre oficial de la hoja es *Vitis vinífera*. Es la hoja de la vid, del racimo de las uvas, utilizada por primera vez, según cuenta La Biblia, al inicio de la historia del ser humano. Desde hace más de cinco siglos se ha utilizado en Egipto para hacer diversos platillos. Hoy podemos degustarla rellena de arroz y carne picada. Su uso también es medicinal, contra diarreas y afecciones digestivas y de ella se extraen aceites para combatir la insuficiencia venosa”.

De repente fue distraído por una atractiva mujer que caminaba con altivez sobre la arena. No dejó de mirarla, tomó un par de binoculares y con ellos la siguió por la soleada playa. Modificó el tono del discurso, pero continuó hablando del tema:

“Es la parte esencial de un modelo exquisito. Ha viajado por milenios y se ha conservado intacta. Posee su tono verdoso original. En este caso viste a Eva, nuestra excéntrica modelo. La hoja de parra, sostenida por delicados e invisibles listones, cubre lo que tiene que cubrir, pero permite visualizar el cuerpo femenino en su natural belleza. A este atuendo lo acompaña una bolsa transparente que contiene lo necesario para pasar un día inolvidable: bloqueador solar, lentes oscuros, crema para los labios, toalla, sombrero, sandalias, condones y una botella de vino.”

De repente escuchó risas y aplausos que provenían de la cocina. El barman y su personal habían disfrutado el improvisado discurso.



# Oxígeno

María Elena Sarmiento

La maravilla de tener un grupo de amigos de toda la vida es que cuando te juntas con ellos, vuelves a tener 15 años. Eres juguetona, traviesa, capaz de derribar cualquier molino de viento. Entonces se te olvida que necesitas oxígeno suplementario y te levantas al baño sin él.

La gente te mira. Te sientes sexy. Sonríes porque sabes que el mundo es tuyo y no tienes límites. Al abrir la puerta te recibe un espejo de cuerpo entero. Tienes treinta. Eres la dueña de las canicas. Al regresar a la mesa, vas pensando en algo chistoso qué decir. Tu vestido luce hermoso. ¿Tuviste una época en la que no tenías ánimo ni siquiera para comprarte algo para ti? Qué bueno que te insistieron. Te sientes sensacional.

Tomas asiento y enciendes el convertidor de oxígeno. Todos parecen contener el aire mientras te acomodas la cánula en la nariz.

Sí. Vuelves a vestirte con cada uno de los años que has vivido y más. Algunos te miran con ternura y otros con compasión.

—¿Te ayudo en algo? —susurra la amiga que tienes a un lado y estás segura que sí te hace falta.

Por la necesidad que siempre he tenido de ser autosuficiente quisiera decirle que no, pero escucho mi voz que responde:

—Sí, gracias.



Paloma Niembro

# Prueba superada

Gabriel Sarmiento

En uno de mis viajes por el mundo, escuché una leyenda que al principio sólo me provocó una sonrisa, pero con el tiempo se convirtió en una obsesión descubrir qué tan cierta podía ser.

La escuché en un país poco civilizado, situado al sur del país de la comida rápida, en donde los individuos se dedican al complicado deporte de acabarse los unos a los otros, sin morir en el intento.

Ahí existe aún el matrimonio de un hombre con una mujer y la leyenda podría sintetizarse de la siguiente manera: Al entrar al templo el padre de la novia puede ir vestido como quiera, ya que por estar admirando o criticando el atuendo de la novia, pasará inadvertido para todos los asistentes.

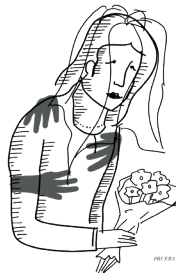
A pesar de lo peligroso, fui nuevamente a ese subdesarrollado país y contraté al padre de una bella mujer que pronto se casaría. A cambio de una generosa donación, le pedí que fuera vestido como se acostumbra en esos eventos, pero sólo de la cintura hacia arriba, y que no llevara ropa de la cintura hacia abajo.

El templo se encontraba lleno. Iba entrando la comitiva nupcial y al final de la misma iba la novia preciosa con su padre vestido en la forma acordada.

Debo reconocer que no fue sólo la curiosidad la que me hizo entrar al juego, sino que había apostado con algunos amigos míos, importantes sumas de dinero a que nadie notaría el extraño atuendo del señor.

Durante el recorrido de la entrada al templo hacia el altar, y durante toda la ceremonia, nadie pareció darse cuenta de la vestimenta del hombre. Me frotaba las manos con emoción al escuchar los depósitos en mi cuenta que iba recibiendo. En verdad gané mucho dinero con esa apuesta. Finalmente, se terminó la transmisión del evento una vez que concluyó la boda.

Lo que sucedió después, a partir del momento en que la comitiva nupcial empezó a salir del templo, cambiando las parejas y saliendo la novia con el novio, y el padre de la novia con su esposa, merece también ser contado, pero esa será otra historia. No debo contaminar una con otra. Sólo puedo adelantar que ese nuevo episodio tiene mucho que ver con las palabras mona y seda.



# Sí se puede volar

Bárbara Méndez

En la gran ciudad donde viven y visitan miles de seres de una diversidad total, camina entre ellas una mariposa. Ésta es una persona diferente a todas las demás, luce ropas de colores, no le importa el qué dirán, casi siempre está feliz, y cuando no, es cuestión de tiempo para volver a estarlo. Ella camina entre las personas con sus alas cerradas, llega a parecer que es como los demás, trata, en la medida en que le sea posible, de pasar desapercibida, pero siempre llega el momento en que su instinto la llama a mostrar sus capacidades que son muy distintas a las de los otros. Es una persona humilde y sencilla y por eso ella quisiera evitarlo, pero las circunstancias siempre se presentan para demostrar al mundo que se puede volar.

Ese momento en el que ella extiende sus alas, brillan sus colores y emprende el vuelo, es cuando se ve con claridad cómo goza de la vida, del instante, con su bella sonrisa se siente, porque se ve, muy libre, da vueltas, sube y baja por los aires.

—Wow ¿cómo le hace para volar? —se preguntan todos, desde los niños hasta los adultos mayores, la miran, algunos con admiración, unos con envidia de la buena, y otros con envidia de la mala. En el fondo, lo que quisieran averiguar es: —¿Qué hace ella que no haga yo para sentirme tan libre y feliz? —y piensan miles de razones, casi siempre negativas, para justificar la gran diferencia de vivir entre la mariposa y ellos.

En el mundo vemos personas apagadas, personas brillantes, personas tristes, personas alegres, pero pocas logran extender sus alas como lo hace la mariposa. Ella vive distinto a todos los demás.

Un día, un periodista se dio a la tarea de seguirla, no podía ser que fuera tan diferente, tenía que haber algo, un secreto, una magia que ella practicara para mostrarse tal como lo hacía.

Al llegar a su casa, se quitó su traje de mariposa y se veía absolutamente normal. El periodista que la espía dijo:

— Claro, eso es. Se trata de un traje mágico —esperó a que la mariposa se durmiera y entró a querer ponérselo, pero no le quedaba, era de un corte muy especial, no se entendía cómo podría una persona usarlo; después de muchos intentos se dio por vencido

—¿Quién anda ahí? — preguntó el Sr. Mariposa. El periodista salió corriendo y siguió espía.

Al día siguiente la mariposa tras su rutina diaria al final se puso su traje y salió. El periodista intrigado, volvió a entrar a su casa y descubrió unos videos y álbumes de fotos. Se puso a verlos y descubrió que la mariposa había

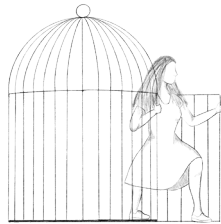
nacido normal, bastante feita, por cierto. En su infancia había sido larva. Vivía con unos capullitos y estaban otras mariposas que los cuidaban, muy raro estas mariposas eran tan lindas y bellas como ella, pero jamás las había visto.

Se percibía la armonía de una familia completamente normal sin embargo de repente algo cambió, llegó un momento en el que uno de los capullitos empezó a sufrir cambios, lloraba y gritaba. Los papás mariposa se sintieron muy felices fueron hablar con él y le explicaron:

—Tienes que vivir este dolor, pasar por este momento, es tu adolescencia, es tu juventud, si transitas por ella con dignidad y aceptando tu condición, lograrás completar una etapa más en la vida que te dará un nuevo nivel de seguridad para continuar. Recuerda, hijo mío, somos personas normales pero hay que prepararnos pues en la vida hay que pasar por dolores y vivir cambios para poder cerrar círculos. Acepta el dolor y el cambio ahora y en breve vas a poder volar. Anda, no te preocupes, estamos aquí para apoyarte —la mariposa jóven que estaba con el problema, el capullo que estaba en proceso de convertirse en mariposa gritaba con dolor y decía que no podría—. Sí se puede, siempre y cuando quieras hacer el cambio— le dijeron sus padres.

La mariposa, esa bella criatura que parece ser libre porque puede volar sin problemas, no es sino una persona normal que acepta sus condiciones, vive sus dolores con dignidad y trasciende para al día siguiente salir y poder volar, sentirse feliz en el momento.

En el video, el nuevo hijo mariposa dejó de sufrir y le tocó aprender a volar de la manera en que sus padres lo hacían. Tuvo que salir de su casa siendo por completo diferente, enfrentarse a sus amigos quienes no le creían por lo que había pasado, que era un proceso ya que por desgracia, ninguno de ellos se había permitido pasar de la adolescencia a la adultez. De joven sus alas y brillos eran diferentes, conforme fue madurando, fue recobrado color. Ese joven había aprendido el significado de resistencia, aceptaba y vivía lo que significa poder dejar sus problemas atrás y continuar con su vida volando y abrazando a la gente. Entendió que se trata de agradecer, de dar apoyo.



Paloma Niembro

# Sofía

Arturo Villafranca

El producto de su boca, con sus comas y sus tildes, es tan basto como crudo: firme flecha al corazón que atraviesa todo escudo de quien halla, en lo que dice, homenaje a la razón.

Elegantes son sus formas, son sus gestos, lo es su andar; gira, avanza y cuasi flota; va vestida por miradas: entre tercas y jariosas, desmedidas; no se agotan, sino, enfocan de su cuerpo partes varias, siempre hermosas.

Digna dueña de la vida; es cultura en movimiento, es cantera sublimada: acreedora del aliento. Helios habla y volatiza sutil cosmos como brisa: son sus poros fino encaje: bien labrados, como el alma: laberinto sin agravio, terciopelo sin ultraje.

Aún no consigo comprender si es planeta, es nación, es manzana de discordia, es perfume o es canción. Sólo su boca elijo ver; esa boca en que me pierdo y no siento merecer: tersa carne que da alivio con palabras al mendigo tan sediento de algo tibio que le quite lo ignorante y lo torne amanecer.



sofía

# Sus sombreros

Juan Antonio Díaz Becerra

No se confundan, no es el sombrero loco de un cuento infantil que acontece en un mundo en donde todo está al revés y que parece ser producto de un buen viaje de cocaína. Es sólo que ha tenido que cambiar de sombrero para poder sobrevivir en este mundo ilusorio en el que uno piensa que se puede existir con el fruto de su trabajo.

Empezó empleando un sombrero calentano, hecho de palma verde de Chilapa, de ala amplia y curvada con un cinto de color negro, con el cual intentaba refugiarse del sol inclemente del Estado de Guerrero y poder cumplir con su labor de sembrar su pequeño terruño y en un momento dado arrancar de las entrañas de la tierra un poco de maíz y frijol, los cuales vendía por unas miserables monedas en el mercado local. Aun así le alcanzaba para darle de comer a la familia y le quedaba un poco para darse ese lujo.

Ante la falta de apoyo: de fertilizantes, agua, buenas semillas y un sinfín de cosas más, ese sombrero, que era su orgullo, fue quedando en el olvido y lo cambió por uno simple hecho de palma, elaborado con sus manos. Le quedó con y más hoyos que un queso gruyere y representaba a la perfección su condición de vida. Además consideraba que esos agujeros permitían el paso del aire y que no se le friera la testera, aunque no eliminaban el olor a sudor característico de cualquier campesino, ese tufo de pobreza y desamparo.

Era un ignorante, aunque no por eso un burro que soportara por siempre una carga pesada sobre el lomo, así es que, cuando le ofrecieron cambiar lo que cosechaba por amapola, la idea le pareció genial y no dudó en poner manos a esa nueva obra.

No entiendo la razón, lo que sí recuerdo es que un día dejó colgado su sombrero y lo cambió por una gorra de beisbol. ¿Pensaría que eso simbolizaba que por fin había dado un buen batazo en el juego de su existencia? Así, fue un tiempo de bonanza, la comida abundaba, pudo mejorar su vivienda, comprar una camioneta bastante gastada y hacerse de unos animalitos que jamás hubiera soñado tener, pero su vestimenta seguía siendo la de cualquier labrador cuyas esperanzas renacen al amanecer y se extinguen al atardecer.

Cuando lo llamaron para dejar de ser un simple peón y dedicarse a la protección del patrón, tuvo que mimetizarse con los compañeros de trabajo y dejó la gorra y se compró un buen sombrero texano.

No era una regla explícita, quizá solo para presumir o diferenciarse de los buenos. Así que adquirió uno barato, de color negro, alto, rígido y coronado de ala ancha, hecho de fieltro y marcado con 2X que significa un porcentaje de pelo bajo y éste era de conejo.

Se sentía lo máximo, en las puertas del paraíso, la personalización de un dios, por lo que se tomaba cuantas fotos podía con su sombrero y subiéndose

a la camioneta lobo, que aunque no era suya la adoptó como si fuera una extensión de su cuerpo, la que lo llevaba de aquí para allá para cumplir los deseos del jefe.

En la medida en que iba subiendo en la jerarquía, se hizo de un sombrero texano de cuero. Eran de los más populares debido a que duran mucho y se pueden usar en cualquier ocasión.

En ese momento no sólo era un accesorio para diferenciarse, sino que creía que también era un amuleto que lo protegía de la milicia, de la chota y de los miembros de grupos rivales. Además lo convirtió en un distintivo para ligar a cuanta nena se le acercara, por lo que un día acabó con una infección de los mil demonios.

Nunca pensó en hacerse un sombrero al estilo Carlos II que mandaba a hacer sus pelucas con el vello púbico de sus amantes. Esa idea le hubiera parecido de lo más asquerosa posible.

Y cuando llegó a ser uno de los sicarios principales, su colección de sombreros texanos consistía en unos doce de diversos colores, de lana que suelen ser blandos y tienen un alambre metálico que mantiene la forma, por lo tanto son más delicados y no se recomienda dejarlos asentados donde se puedan doblar. No permitía que tuvieran menos de 200X, es decir, que el porcentaje de pelo fuera alto y le gustaba que fuera de castor.

Quizá las balas que gastó y los chorros de sangre que dejó en el camino le hicieron un experto y podía con facilidad diferenciar un sombrero texano Marlboro, de uno de rodeo, de 8 segundos, tipo Valentín Elizande o Joan Sebastián. Y esa habilidad le hacía olvidarse del coste que pagó para tener algo más que un simple plato de frijoles en la mesa y unos cuantos harapos para vestir.



Paloma Niembro



# Vestido de mar

Anthar Santos

Llevaba consigo una maleta con la ropa que se necesita para obtener un buen empleo. Cuatro mudas de ropa interior, un pantalón oscuro y uno claro, cuatro camisas blancas, una corbata negra y suficientes calcetines para usarlos una semana entera sin necesidad de lavar. Esta fue la razón por la que no sintió nada más que rabia cuando le robaron las pocas cosas con las que llegaría a México.

El calor del mar en aquel barco lo obligó a sudar profusamente su única camisa, pantalón, camiseta, trusa y calcetines con los que contaba a partir de ese momento. Al menos conservó consigo el saco de vestir, doblado sobre su antebrazo para no generar ninguna arruga, según aprendió de su padre en su natal Marruecos.

Entendía el español como un lenguaje familiar gracias a la religión sefardí. Pero al hablarlo no podía dejar de parecer extranjero, proveniente de un país que nadie nunca pudo adivinar.

Poseía aún la foto de su esposa con sus dos hijos, algunos billetes que en Veracruz no tendrían ningún valor, el pasaporte y la carta de salvoconducto que le permitió viajar desde África hacia América en el momento más oscuro de otra guerra mundial.

Se quedó apenas con eso y un reloj de oro puro, tipo maquinista, con cadena también de oro, con el que los niños suelen jugar al hipnotizador o al mago al mecerlo desde la punta de la cadena, el cual permaneció sujeto a su chalequillo durante todo el viaje.

Un día más y llegaría a puerto, con la obligación de hacer lo necesario para traer a su familia. Con aplomo y simpatía se acercó uno a uno a los oficiales del barco. En un idioma que no era ni español ni inglés ni francés ni portugués, sino la mezcla de todos ellos en una lengua irreconocible, logró cambiar su reloj por el dinero suficiente para sobrevivir una semana.

Así, con una maleta de menos, logró vestirse con la suma de aquellas cosas que no le podrían quitar. El ritmo al viajar por la tierra de sus padres. El porte de sobrevivir a tres años de bombardeos continuos. El recuerdo del abrazo de sus hijos. La promesa a su mujer de volverse a ver.

De inmediato hizo fila con los demás viajeros. Sin poder ver la hora, esperó su turno con la prisa de quién tiene el tiempo justo para cumplir un compromiso. Selló su pasaporte y comenzó a caminar.



Paloma Niembro

# Consejo Editorial

**Editora General**  
Cecilia Durán Mena  
cecilia@porescrito.org

**Editora Ejecutiva**  
Andrea Fischer

**Mesa de Edición y Arbitraje**  
Cecilia Durán Mena  
María Elena Sarmiento  
Virginia Meade  
Andrea Fischer  
Fernando Corona

**Coordinación de Enlace  
y Relaciones Públicas**  
Ana Claudia Quintana Ramírez

**Diseño Editorial**  
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

**Foto de portada**  
*El fértil*  
Nadia Judith Reyes Morales

**Radio**  
Cecilia Durán Mena  
Juan Carlos Padilla Monroy  
Raúl Sanz Suárez

**Producción del Programa de Radio:**  
Brandon Hurrle García  
Fabianne Gutiérrez  
Sofía Aranka

**Cuarto de Guerra**  
Alumnos de la Universidad Anáhuac  
y Universidad del Claustro de Sor Juana

**Digital**  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)  
Ventas y suscripciones  
[ventas@porescrito.org](mailto:ventas@porescrito.org)

**Contacto**  
[contacto@porescrito.org](mailto:contacto@porescrito.org)  
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cuarenta. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.  
Circulación Octubre-Noviembre de 2022.**



También estamos en:



Radio Anáhuac 16.70 AM  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

---

Por Escrito

## Ultimátum

*“La esencia misma de la literatura es el conflicto entre la emoción y el intelecto, entre la vida y la muerte. Cuando la literatura se convierte en demasiado intelectual —cuando comienza a ignorar las pasiones, las emociones— se vuelve estéril y sin sustancia.”*

**Elías Bashevis Singer**  
(Shosha)



[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para **NUNCA** dejarlos ir